EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

BUENA, BONITA Y BARATA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

EUSEBIO BLASCO.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

BUENA, BONITA Y BARATA.

OBRAS DRAMÁTICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4. ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (4.ª ed.)
El amor constipado. (2.ª ed.)
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (3.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
La córte del rey Reuma.
La niñez engañosa.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobre porfiado.
Las niñas del entresuelo.
El baston y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galan.
Moros en la costa.
Todo por el arte.
¡Si yo tuviera dinero!
Dia completo.
¡Último adios!
Buena, bonita y barata.

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida (2.ª edicion.)—Esto, lo otro y lo de más allá.—Soledades. (Poesías.)—Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.—Noches en vela poesías.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.—(2) Idem.
(3) Obra en colaboracion con los principales escritores.

BUENA, BONITA Y BARATA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro de la COMEDIA el 30 de Abril de 1879.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA	Sra. Alvarez Tubau.
ROSA	Srta. Mendoza.
CATALINA	Sra. Valverde.
JUAN	Sr. Mario.
EL CONDE	Sr. Romea.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la Galería Dramática, titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administran los Sres. Hijos de A. Gullon, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA MOLES.

Le dedico á V. esta comedia, no por rendir un tributo á la amistad, sino por dedicar un recuerdo al primer coleccionador de comedias españolas, de que yo tenga noticia hasta la fecha. El servicio que ha hecho V. á la nacion con su museo dramático, es de tal importancia para las letras, que sólo podrá apreciarse cuando terminada la existencia de V. (y ojalá que esto no sucediera nunca) legue, como piensa, á la Universidad de Valencia, ese inapreciable monumento de nuestras glorias escénicas. Séame permitido dar este público testimonio de gratitud como español, al que á fuerza de actividad, de constancia y de sacrificios, ha logrado reunir *catorce mil comedias* de autores españoles, desde Lope de Rueda hasta la fecha. Valencia siempre tendrá para V. un recuerdo cariñoso.

Eusebio Blasco.

Madrid 24 de Octubre de 1880.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantísima.

ESCENA PRIMERA.

AURORA.

Ya estoy lista y preparada
y en toda regla. Ajajá.
El vestido no es bonito
pero bien puede pasar.
La cara como es debido,
el gesto allá se verá,
la lengua muy expedita
y firme la voluntad.
Dios nos coja confesadas:
lo que fuere sonará.
—Señorita Catalina,
las once acaban de dar.
—Señorita Rosa, vamos,
ya puede salir acá.—
Yo voy en un periquete
á acabarme de arreglar:
cuando vuecelencias llamen
á su lado me tendrán.
Esto es hecho: la comedia

puede al momento empezar.
Pero seamos discretas,
que ello nos resultará. (Váse.)

ESCENA II.

ROSA, CATALINA.

ROSA. Catalina.
CAT. Voy al punto.
ROSA. No pierdas tiempo.
CAT. Allá voy.
ROSA. Anda, querida, que estoy
dando vueltas á un asunto;
y no puedo á fé juzgar
si estamos tú y yo resueltas.
CAT. Pues no le des muchas vueltas,
que te vas á marear.
ROSA. Sal, mujer.
CAT. Pero no quieres
que me arregle?
ROSA. Qué? No entiendo..
CAT. Digo que me estoy poniendo
de veinticinco alfileres.
ROSA. Ay! qué elegante que estás!
CAT. Y tú, hermanita, qué hermosa!
ROSA. Qué bien puesta!
CAT. Y qué graciosa!
ROSA. Sin igual.
CAT. No cabe más.
ROSA. El dia es de noble y franca
expansion.
CAT. Oh! ciertamente,
es de los que antiguamente
marcaban con piedra blanca.
Las once acaban de dar,
y un ilustre forastero,
segun referirte quiero,
débese aquí presentar
hoy martes treinta á las tres,
que á dar cuenta está abligado

del testamento cerrado
de nuestro padre el marqués.
Ya el doloroso tributo
al muerto padre rendimos
y hasta ayer tarde vestimos
el más riguroso luto.
Hoy, que ya al mundo otra vez
nos damos más consoladas,
huérfanas nobles y honradas
y en decorosa estrechez,
este conde, íntimo amigo
de papá, que en Portugal
en su enfermedad mortal
fué cariñoso testigo;
de su voluntad postrera
cuenta viene á dar aquí,
descubriéndonos así
la suerte que nos espera.

ROSA. Papá era un hombre muy rico,
y grande y marqués de Flandes.

CAT. Conozco yo algunos grandes
con el bolsillo muy chico.

ROSA. Eso al nuestro no conviene:
él gastaba...

CAT. Eso no basta.
Hay mucha gente que gasta,
y sin embargo, no tiene.

ROSA. Negarás ni por asomos
tu educacion?... Me incomodas

CAT. Hoy nos educan á todas
para más de lo que somos.

ROSA. Mujer, qué afan de dudar!

CAT. No es sino tener sentido.
Y yo que nunca he querido
de nuestras cosas hablar,
hoy, como dueña de casa
y ántes de que venga el conde,
diré...

ROSA. Vea usted por dónde
sé yo lo que en casa pasa.

CAT. Papá que há un año murió,
(y Dios le tenga en su gloria)

dejará nombre en la historia
por las hembras que esposó.
Él mismo aquí algunas noches
decía que murmuraba
el mundo que las tomaba
por horas como los coches.

ROSA. Pobre papá!

CAT. Se casó
con la condesa de Haití,
que al echarme al mundo á mí
tal vez del susto murió.

ROSA. Mujer!

CAT. Sí! Si á mí me agrada
juzgarme así!

ROSA. Hay tal idea!

CAT. Si yo sé que soy muy fea!...
pero no me importa nada!
—Volvió, pues, cónyuge á ser
de la condesa de Ariste,
y el dia que tú naciste
se le murió la mujer.

ROSA. Cierto.

CAT. Y de cierta señora
y fruto de amor liviano,
tuvo en el mismo verano
á nuestra hermanita Aurora.
Así aquel hombre de hierro
siempre en su palacio hizo
que al acabarse el bautizo
se comenzara el entierro.
Á Aurora nos la encajó
cuando era ya crecidita
diciendo: «es vuestra hermanita,»
y en la casa se quédó,
pese á nuestros pergaminos,
y siendo intrusa hermanastra.

ROSA. Mujer!

CAT. *Sic itur ad astra,*
como dicen los latinos.

ROSA. Yo la quiero.

CAT. Yo tambien.

ROSA. Si no es legítimo fruto

de bodas...

CAT. Yo no discuto.

ROSA. Viva siempre en casa!

CAT. Amen.

Como un padre nunca es diestro
para educar criaturas,
ni ocuparse en fiorituras,
y mucho ménos el nuestro.
Mientras él iba á París,
á Italia, á Biarritz y á Pó,
á nosotras nos dejó
al cuidado de una Miss,
que se encargó de las tres,
y que á enseñarnos se puso
el Ave María en ruso
y el Padre nuestro en inglés.
Mucha labor nunca usada,
muchas artes primorosas:
en fin, un sin fin de cosas
que no sirven para nada...
Solas, lejos de los padres
y sin direccion alguna,
por desgracia ó por fortuna
hemos salido á las madres.
Tú de tu madre Carlota
tienes la prosopopeya.
La mia era más plebeya
y yo he salido francota.
Aurora, que el ser debió
tal vez á una medianía,
ni es tu imágen ni la mia:
es decir, ni fá ni fó.
Á tí te da por brillar
y por lucir los descotes;
á mí por los papelotes
y á Aurora por trabajar.
Tú tienes belleza y pico;
y eres linda y hechicera,
y Aurorita es pasadera
y yo más fea que un mico.
Las gentes que en Madrid, pues,
hoy de nuevo á vernos van

algo bueno encontrarán
en alguna de las tres.
En Aurora su sincero
candor, y aunque no lo creas,
en mí encantos, que á las feas
las embellece el dinero.
Mas, como hermana mayor,
quiero desde hoy dominar
y la casa gobernar,
que será mucho mejor.

ROSA. No seré yo quien se oponga.
Tú eres formal, eres grave...
Y nadie como tú sabe...

CAT. Déjame, pues, que disponga.

ROSA. Ya sabes lo que deseo:
en dejándome dormir
hasta las dos y salir
á dar mi vuelta en paseo,
y seguir reina triunfal
mi coqueteo nocturno
los dias de primer turno
en el Teatro Real;
y el lunes de la duquesa,
y el miércoles de otras partes,
y los deliciosos martes
de la embajada francesa.
Y entre walses y entre flores
y el paseo y la modista
ir alargando la lista
de mis cien adoradores!...
Para vivir yo contenta
ya no necesito más,
que tú ya te ocuparás
de nuestra heredada renta.
Y tengo á fe por mejor
distraerme y alegrarme,
y saber que has de guardarme
cama, mesa y tocador.
Yo soy así, y no variar
es mi constante embeleso
y...

CAT. Sí; tú eres tonta, y eso

no se puede remediar.
Supon que el noble marqués,
nuestro padre, resultara
sin rentas...

ROSA. Eres avara?

CAT. No es eso.

ROSA. No? Pues qué es?

CAT. Es —y misterios acorto—
que un señor conde de Barta
me ha escrito una extensa carta
fechada el diez en Oporto;
en que el tal como albacea
de papá, en frases capciosas
dice una porcion de cosas
de que no tienes idea...

ROSA. Ah, ya!

CAT. Y las vas á saber.

ROSA. Llama á Aurora; el caso es grave.

CAT. No, si Aurora ya las sabe,
y harto tiene ella que hacer
con el plan que sábiamente
he dispuesto y que sabrás.

ROSA. Ay, hija! no acabarás?

CAT. Sí tal; inmediatamente.
«Oporto, diez...»—te prometo
que el asunto está en el dia
muy mal.—«Muy señora mia
y de todo mi respeto:
ya sabrá usted el honor
que debí al conde al morir,
y á usted me he de dirigir
como hija suya mayor,
en tanto voy á esa córte
—y á fe que tengo impaciencia
para hacerle una advertencia
que puede ser que le importe.
El testamento al abrir,
de todo la ha de enterar,
mas el caso es singular
y la quiero prevenir.
Aparte de otras simplezas
que hallará en el testamento,

hay en él un mandamiento
entre otras muchas rarezas,
por el cual como la digo
manda cual verá despues,
y es que una de ustedes tres
debe casarse conmigo.»

ROSA. Cómo?

CAT. Verás qué embajada;
mejor dicho, qué simpleza.

ROSA. Por Dios!

CAT. Si aquella cabeza
siempre estuvo trastornada!¡
«Á la que logre su boda
conmigo en el año actual,
le deja su capital
completo y su renta toda.
Y si huyen tal beneficio
todas y ninguna casa,
entónces la renta pasa
á los pobres del hospicio.
Vayan pensándolo bien,
por si me aguarda el honor
de guardar un triple amor
ó hallar un triple desden.
Mi situacion es violenta
y mi temor muy fundado:
yo no ansío ser casado
ni necesito la renta.
Soy rico é independiente,
no me agrada mi papel,
pero he de cumplir muy fiel
el testamento pendiente.
Y ántes que piensen que voy
buscando el oro y el moro,
debo—por propio decoro—
hablarles como quien soy,
para evitar escarceos
y escenas raras ó feas,
—que no entran en mis ideas
ni sirvieran sus deseos,—
y evitar un disfavor
que sentiría muchísimo.

Queda de usted atentísimo
y seguro servidor,
el conde de Barta y Llana,
vizconde del Alhelí.
Post-data. Yo estaré ahí
el martes por la mañana.»

ROSA. Hoy!... Esto es una locura!

CAT. Locura ó no, hay que arrostrarla
y á la que empalme casarla.

ROSA. Pero hermana, ¿hay tal diablura?
Yo tengo novio.

CAT. Yo no.

ROSA. Digo mal, novios.

CAT. Y qué?...

ROSA. Y luégo... ¿cómo podré
hacer—si me caso yo,—
que vosotras dos por mí
quedárais en la miseria?...

CAT. La cosa es bastante séria;
yo tambien la he visto así,
y he preparado mi plan...

ROSA. Ah, veamos.

CAT. Con Aurora.
¡Aurorita!

ROSA. Mas...

AUR. (Saliendo.) Señora?...

ROSA. Qué es esto?

AUR. Ustedes dirán.

ESCENA III.

CATALINA, ROSA, AURORA.

CAT. Mírala bien; esta es ella,
nuestra Aurora, nuestra hermana,
que hoy por nuestro bien se ufana
en servirnos de doncella.

ROSA. Pero...

CAT. El conde viene aquí
y aquí le hemos de hospedar:
ya he mandado preparar

sus aposentos allí;
y ya que hay tiempo, y negocios
de esta clase dan espera,
y en esto hallamos manera
de entretener nuestros ócios,
vamos al conde á estudiar;
y pues que con verlo basta,
averigüemos qué casta
de pájaro hay que cazar.

ROSA. Dices cosas horrorosas!...

CAT. Las digo claras y bien;
y por muy duchas que estén
las hembras en estas cosas,
el asunto es importante.

ROSA. Pero...

CAT. Y este caballero
ser puede un hombre sincero
y puede ser un farsante.
Y como que yo, hijas mias,
soy la que aquí ha de velar,
y ni me dejo engañar
ni entiendo de cuquerías,
Aurora lo estudiará,
vigilará sus enredos
y le meterá los dedos...

ROSA. Por Dios!

CAT. Y el hombre hablará.
Son recursos muy usados
por todos los salteadores
aprenderse á los señores
sobornando á los criados.
Nosotras dos á luchar
y esta á explotar su opinion.
Ahora ábrase discusion,
que yo me puedo engañar.

AUR. Yo que soy—como es notorio—
sencilla, modesta, oscura,
y mi pecho no se apura
por ningun Don Juan Tenorio,
y que la amargura mia
sólo calma el conoceros,
pues tengo que agradeceros

el pan...

ROSA. Por Dios, hija mia!

AUR. Puedo con grande placer
ayudaros á casar;
pues no he de rivalizar
por el afan de tener,
yo, que por suerte tirana,
madre nunca conocí
y al padre niña perdí
y soy vuestra pobre hermana.

ROSA. Ni yo. Novios tengo mil,
jóvenes, ricos, galanes,
que colmando mis afanes
de mi vida en el abril,
me evitarán, y, por Dios,
que es dicha como ninguna,
disputaros la fortuna
que os cedo entera á las dos.

CAT. Pues yo sospecho, hijas mias,
que si empezamos las tres
un tiroteo cortés
de frases y poesías,
él se quedará soltero;
y nosotras sin comer
no sé qué vamos á hacer
si no tenemos dinero!

LAS DOS. Pero....

CAT. Como el tiempo pasa
y des que murió papá,
yo hago veces de mamá
y regenteo la casa,
y tú no te ocupas más
que en fruncir el entrecejo,
y tú en mirarte al espejo
por delante y por detrás,
con ser hijas de un marqués
y darla de señoritas
y ponerse muy bonitas
y levantarse á las tres,
ni haceis cálculos mensuales
como hago yo, ni sabeis
que está el pan á diez y seis

y el carbon á siete reales.

ROSA. Jesús! qué conversacion
tan cursi!...

CAT. Qué?

ROSA. Y tan indigna.

CAT. Y sin embargo, es muy digna
de tu consideracion.
Venga el noble forastero
y veamos cómo es;
y si alguna de las tres
le encuentra franco y sincero
y digno, háganse las bodas,
que siendo hermanas al fin,
¿será la feliz tan ruin
que no procure por todas?

ROSA. Eso es verdad.

AUR. Mas si él
¿no nos busca ni desea,
ha de haber una que sea
ducha en hacer el papel
de impudente enamorada
que al hombre vaya buscando?...

CAT. Pero si eso está pasando
y á nadie le choca nada!
Pues si en viendo en perspectiva
posicion, título, nombre
ó dinero,—que en el hombre
moderno es lo que más priva,—
hoy las niñas casaderas
despliegan su ciencia toda
para lograr una boda...
que para tí la quisieras!
¿Pues no ves los corazones
á merced de las talegas
y casar niñas á ciegas
con los viejos ochentones?
Haciendo al amor agravios
unirse los estafermos,
dejar sanos por enfermos,
preferir tontos á sabios,
y á la robusta belleza
preferir la que se casa

la sombra de una gran casa
ó el rumor de una grandeza?...
¿No dejó Inés á un muchacho
que se murió del enojo
por aquel banquero cojo
y opulento mamarracho,
y al cual, que vive hecho un zaque,
unió alegre su destino,
y cuando le tumba el vino
dice que le da el ataque?
Hijas, como soy tan fea,
mientras vosotras amais,
veo el mundo en que danzais
y tengo de él tal idea,
que si el conde forastero
es jóven y guapo y noble
y su corazon no es doble,
lo primero es lo primero;
pues como la clase honrada
del mundo con quien yo lucho
nosotras valemos mucho
pero no tenemos nada.

ESCENA IV.

DICHAS, un CRIADO.

CRIADO. Señoras, ahí á la puerta
un coche he visto llegar,
y en él viene un caballero
que pregunta en el portal
si es aquí donde usté vive.
LAS TRES. Es él!
CRIADO. Y manda bajar
baules, mundos y maletas.
CAT. Ea, véle tú á buscar.
ROSA. Yo me voy.
CAT. Y yo á dar tiempo
á que esta le pueda hablar.
Mucho tino.
AUR. Qué emocion!

ROSA. Finge bien.
AUR. Cómo será...
CAT. Esperaos!
LAS DOS. Qué?
ROSA. Qué quieres?
CAT. Tended la mano y jurad!
LAS DOS. Ah!
AUR. Tiene razon de sobra.
Conviene hablar con verdad.
ROSA. Píntanos...
AUR. Qué?
ROSA. Como somos.
No vayas á exagerar
diciéndole que yo soy
frívola, coqueta...
CAT. Bah!
ROSA. Como tienes esa idea
de mí...
AUR. Puedes tú pensar...
CAT. De mí le dices que soy
horrorosa!
AUR. Oh, no...
CAT. Sí tal.
Cuanto más se lo exajeres
ménos le parecerá.
ROSA. Dile que yo tengo el gusto
delicado.
AUR. Sí.
ROSA. Ideal:
que tengo noticias suyas.
CAT. No, porque eso no es verdad.
ROSA. Dile que aunque tengo novios...
CAT. Sí; que quiere tener más.
ROSA. No es eso.
CAT. Vaya, muchachas,
él se nos va á presentar
y hoy por hoy sólo hace falta
prepararse y nada más.
Dile que estamos durmiendo,
que nos vas á despertar,
y que allí tiene su cuarto
y que mande sin dudar...

Y en fin, la suerte está echada:
lo que fuere sonará.
(Vánse Catalina y Rosa.)

ESCENA V.

AURORA!

Voz oculta que *inter nos*
das del genio testimonio,
y si no eres voz de Dios
eres la voz del demonio;
misteriosa ciencia infusa,
que á la más torpe mujer
le das las artes que usa
para luchar y vencer;
femenil inspiracion,
que logras tantos honores..,
se te presenta ocasion
de brindarme tus favores
y hacer, para mi fortuna,
que en este humano entremés
sea á la vez tres y una
siendo la más de las tres.
Aquí está.

ESCENA VI.

AURORA, el CONDE, JUAN.

CONDE. Gracias á Dios!
Venga el equipaje, Juan!
(Sacudiéndose las botas con el pañuelo.)
Uí! qué polvo! Aquí no hay nadie?
(Viendo á Aurora.)
Ah! Sírvase usté avisar
que está aquí...
AUR. Sí, ya lo saben.
CONDE. Ah! Me esperan por acá?
Linda chica! Y linda casa!
Entónces usted verá
todos estos chirimbolos

á dónde van á parar.
Eh? qué es eso? ¿Qué me miras,
muchacha?

AUR. Pues... nada...

CONDE. Ya!

AUR. (Es guapísimo!)

CONDE. Conque...

AUR. Pues puede usted ya tomar
posesion de aquella parte
de la casa: allí está ya
dispuesto el baño, la cama
y todo; y puede llamar
cuando guste, que yo soy
su criada.

COND Ah, tú? Ajajá!
Da á las señoras las gracias
por su cuidadoso afan,
pero afortunadamente
yo no acostumbro á viajar
sin mi viejo.—Ven aquí. (Á Juan.)
—Ves este? Pues este es Juan! (Á Aurora.)
Este me ha visto nacer,
este es mi hombre, mi mitad
y toda una parentela
en su personalidad.
Con este te has de entender
para todo: este dirá
lo que quiero, lo que pido,
lo que me pueda faltar,
y como tú y yo no es fácil
que nos pongamos á hablar
á cada paso; con este
te entiendes, y tú verás
lo que es un hombre corriente
y un criado de verdad.
Conque, niña, yo me voy
á arreglarme un poco más
y á preparar la visita
con toda formalidad.
Diles, pues, á las señoras
que en esto no he de tardar
diez minutos, porque soy

activo como un curial,
y que en seguidita vengo
pues las quiero saludar.
Conque ahí tienes, como muestra
(Dándole dinero.)
de tu futuro caudal,
este saludo primero
de hombre que sabe apreciar
los ojillos picarones
y el tallecito galan.
Di á las señoras que vengo
dispuesto sólo á admirar
su gentileza española,
que esa no tiene rival,
y en catorce años de ausencia
la he podido comparar
con la extranjera, en ventaja,
porque esta... á la vista está!
Ea, aquí estoy en mi centro,
en este país natal
adorado. Oh cara pátria,
salve, salve! Vamos, Juan! (Vánse los dos.)

ESCENA VII.

AURORA, CATALINA y ROSA, desde las puertas de sus respectivos cuartos.

AURORA. Pues he quedado lucida!
Si con él hablar no puedo...
ROSA. Qué hay?
CAT. Qué sucede?
AURORA. Hablad quedo.
CAT. (Bajo.) Habla!
ROSA. Dí. (Id.)
AURORA. Cosa perdida!
Trae un criado, y con él
tengo que entenderme yo!
ROSA. Qué chasco!
CAT. Nos fastidió!
AURORA. Ya es inútil mi papel.
CAT. No tal.

AURORA. Cómo?
CAT. Date prisa
en sonsacar al criado,
y cuando haya terminado
su amo de vestirse, avisa.
ROSA. Sí, al criado...
CAT. No; á los dos!
Ánimo y ello dirá.
AURORA. El criado viene ya!
CAT. Pues anda con él!
ROSA. Adios!

ESCENA VIII.

AURORA, JUAN.

AURORA. Le ocurre algo?
JUAN. No; le espero.
(Se sienta en segundo término.)
Qué viaje tan fatigoso!
AURORA. Debe ser muy fastidioso
servir á un amo soltero.
JUAN. No; que se pasa muy bien.
AURORA. Bah! Todo el que sirve, pasa...
Y usté ha dejado su casa...
JUAN. Yo soy soltero tambien.
AURORA. Ah!
JUAN. Le extraña á usted, verdad?
AURORA. Sí.
JUAN. Yo no quiero deberes...
Y luégo que las mujeres
son una calamidad.
AURORA. Piensa el señor Conde así?
JUAN. El señor Conde no piensa.
AURORA. Qué?
JUAN. Tiene esa dicha inmensa.
AURORA. Pero siéntese usté aquí.
(Juan baja y se sienta.)
Estará usted muy cansado.
JUAN. Bastante, niña, bastante.
AURORA. El Conde es muy elegante.

JUAN. Como que está á mi cuidado.
AURORA. Oiga!
JUAN. Y yo, aunque tan vetusto...
soy fino...
AURORA. Ya!
JUAN. Jé! jé! el roce...
verdad?
AURORA. Sí; bien se conoce...
JUAN. Siempre he tenido buen gusto!
AURORA. Bravo! y usted es muy fiel
al Conde?
JUAN. Por de contado.
AURORA. Y há mucho que está á su lado?
JUAN. Siempre he vivido con él.
AURORA. Y á qué viene á España ahora?
JUAN. Pues... no sé!
AURORA. (Querrá esquivarse?...)
Dicen que viene á casarse.
JUAN. Á casarse? No señora.
AURORA. Por quó?
JUAN. Los hombres corridos
no caen en esa tontera;
y este no es de la madera
de que se hacen los maridos.
Cá!...
AURORA. No ha de casar jamás?
JUAN. Ni yo lo consentiría.
Pues vaya una tontería!
Hombre! No faltaba más!
AURORA. Suponga usted que el destino
le obligara á un casamiento.
JUAN. Obligar!...
AURORA. Que en un momento
de amor...
JUAN. Humano ó divino?
AURORA. Muy culto es usté.
JUAN. Por qué?
Porque no hablo á lo patan?
Pues tambien hablo aleman
—con el permiso de usté—
y francés, inglés...
AURORA. Horror!

JUAN. ¿Pues qué hay de particular
si no hago más que viajar
con el Conde mi señor?
¿Es fuerza que sea un zote
todo el que sirve, hija mia?
AURORA. Ya! como yo no sabía...
JUAN. ¿He de ser un hotentote
cuando á mi amo desde chico
culto lenguaje le escucho?
AURORA. Él es ilustrado?
JUAN. Mucho!
AURORA. Y es rico?
JUAN. Jesús! Muy rico!
AURORA. Y es enamorado?
JUAN. Oh!
AURORA. Luego sirve cual creí...
JUAN. Para enamorado, sí,
mas para casado, no.
AURORA. Y por qué?
JUAN. Porque es muy tonto
quien, con amoroso alarde,
pudiendo morirse tarde
se echa á la muerte tan pronto.
No ve usté que á él no le asalta
el afan de amor sincero
y tiene con su dinero
todo lo que le hace falta?
Tiene el oro á discrecion;
todo acude á su bolsillo,
las mujeres á porrillo,
los amigos á monton.
De todas puede ser cuyo
sin ser de ninguna esclavo,
que el que es poderoso y bravo
hace á todo el mundo suyo.
¿Pues de qué le serviría
darle lo que vale y es
á una mujer que en un mes
me lo desfiguraría?
AURORA. Jesús!
JUAN. Nada, no queremos
tiranía conyugal.

AURORA. Hola! y usté habla en plural!
JUAN. Sí señora, no podemos!
Viajamos, nos divertimos,
nuestros gustos nos pagamos,
de la vida disfrutamos
y en paz dichosa vivimos.
Y hartos ya de perseguir
la perfeccion en comun,
no hemos encontrado aún
la que nos pueda servir.
Mi amo es un hombre muy listo;
cree que hay hembras completas,
pero él con tantas pesetas
dice que no las ha visto.
Y mandándole que calle
al corazon, yo barrunto
que las adora en conjunto,
sin sufrirlas en detalle,
y yo le aconsejaré
que piense siempre cuál hoy
y será feliz!
CONDE. Juan! (Dentro.)
JUAN. Voy!
Con el permiso de usté. (Váse.)

ESCENA IX.

AURORA.

AURORA. ¿Luego tiene mala idea
del sexo á quien represento,
y no hay mujer en quien vea
su dulce y tenaz tormento?
¿Luego el hombre á quien quería
mi padre hacernos amable
es por cálculo ó manía
incansable?
Vamos poco á poco, Aurora,
y ántes de que aquí se enteren
mis hermanitas ahora
del hombre á quien vencer quieren:

dime si este caso raro
tu imaginacion hirió
por lo excepcional ¡es claro!
pero no!
No nos dejemos llevar
de una impresion pasajera.
¿Dónde iría yo á parar
si al pacto desleal fuera?
Yo, que soy de todas tres
la más humilde en la casa,
la que de méritos es
más escasa;
la que siempre en vano sueña,
la que siempre tuvo apodo,
y en fin, la hermana pequeña,
y en esto está dicho todo?
Yo cometer una accion
que ódios me pueda traer,
y quitarles la ocasion
de vencer,
y disputar la fortuna,
y ver la guerra empezada...
no, no; sin duda ninguna
yo debo estar trastornada.
Qué imaginacion maldita
y qué amor própio tan loco!
Vamos, vamos, Aurorita,
poco á poco!

ESCENA X.

AURORA, CATALINA, ROSA.

ROSA. Ya estoy yo de vuelta
CAT. Ea,
ya estoy yo más presentable.
ROSA. Dí, me encontrará aceptable?
CAT. Dí, me encontrará muy fea?
AURORA. ¿Qué os importa, si las dos
renunciais al dulce encanto?...
CAT. Oye, yo no he dicho tanto!

ROSA. No exageremos, por Dios!
AURORA. Presiento yo que el legado
de papá, en nuestro perjuicio,
irá á parar al hospicio
si he de creer al criado.
ROSA. Le hablaste?
CAT. Se descubrió?
ROSA. Sabes algo?
AURORA. Algo le oí.
ROSA. Habla bien de su amo?
AURORA. Oh! sí.
CAT. Dice que es amable?
AURORA. Ay, no!
Si amable es quien se hace amar,
presiento que el forastero
ni quiere nuestro dinero
ni nos piensa enamorar.
ROSA. Pues cómo es?
CAT. Qué genio tiene?
ROSA. Cómo piensa?
CAT. Qué dispone?
ROSA. Qué va á hacer?
CAT. Qué se propone?
AURORA. Él lo dirá, que aquí viene.
LAS DOS. Ah!
ROSA. Buen aspecto!
CAT. Helo ahí.
AURORA. (Y siempre con el criado!)
CONDE. Toma, Juan. (Saliendo.)
JUAN. (Ap. al Conde.) (Mucho cuidado!)
CONDE. (Bien.)
CAT. Y tú, vete de aquí.
(Vánse Juan y Aurora.)

ESCENA XI.

CATALINA, ROSA, el CONDE.

CONDE. Señoras, tengo el honor,
y al mismo tiempo el placer
indescriptible, de ser
venturoso portador

del testamento cerrado
del difunto ilustre amigo,
de cuya muerte testigo
fuí por designios del hado,
cuando en extranjero hogar
el pobre, de pena loco,
en fin...

CAT. (Mujer, llora un poco,
que si no lo va á extrañar!)

ROSA. Pobre papá!

CAT. Pobrecillo!

CONDE. Era todo un caballero!...
honrado, noble, sincero,
supo dar constante brillo
á lo noble de su cuna
y á su heredada grandeza
derramando con largueza
su incalculable fortuna,
que aún con los fenomenales
gastos que el marqués hacía,
no ha de bajar en el dia
de diez millones de reales.

LAS DOS. Diez millones?

CONDE. Usté ignora?...

CAT. Nunca hemos sabido nada
de intereses; más me agrada
la noticia

COND. Sí señora.
Mañana ese testamento,
que su escribano abrirá,
á punto fijo dirá
el capital que presiento.
Mas ántes quiero advertir,
ó mejor dicho salvar,
lo que pudiera chocar
y no hace falta decir...

CAT. Ya lo sabemos los tres,
pues yo su carta he leido;
que usted ha de ser marido,
de una de nosotras.

CONDE. Pues!
Honra grande cual ninguna

que me guardaban sus canas.
¿Ustedes son tres hermanas?

ROSA. Sí señor.

CONDE. Pues falta una.

CAT. Es Aurora: en cama está.

CONDE. Caramba! Cómo lo siento!

CAT. Pero aquel es su aposento
y la puerta se abrirá.
Y si usté alzara un poquito
la voz...

CONDE. No hay inconveniente.

CAT. Juana!

ESCENA XII.

DICHOS, AURORA.

AURORA. Voy!

CAT. Abre ahí enfrente.

AURORA. (Ap. á Catalina.)
(Ya con el disfraz maldito
no me puedo yo enterar
de lo que vosotras sí.)

CAT. (Espera...) Y quédate ahí
por si quisiera llamar...

AURORA. Quién?

CAT. La señorita Aurora,
que oirá en su tocador
lo que va á hablar el señor.

AURORA. Ah!

CONDE. Muchas gracias, señora.

ROSA. Avísala!

AURORA. Sí lo haré.

CAT. Y quédate ahí á la puerta.

AURORA. Bravo!

CONDE. Empiezo?

AURORA. (Ap.) Estaré alerta!

CAT. Sí señor, comience usté.

CONDE. Pues... desde que el mundo es mundo
—y perdonen el exórdio,—
desde que, resuelto, en Górdio

aquel héroe sin segundo
cortó en memorable dia
aquel nudo tan fatal,
no se ha encontrado un mortal
en esta situacion mia.
Porque haber venido á ser
dulce prenda de eleccion
de inesperada pasion
de una ignorada mujer,
brindarme el destino loco
tres mujeres, tres encantos,
todas con méritos tantos,
á mí que tengo tan poco,
exponerme en la aventura
á tener tres corazones
envueltos en diez millones,
que es deliciosa envoltura.
Y á tantas dichas tardías
renunciar por la forzosa...
díganme ustedes si es cosa
que se ve todos los dias!

ROSA. Luego esto... para acabar,
es, segun todas las trazas,
darnos unas calabazas
que no hemos ido á buscar?

CAT. Ó en frase ménos pulida,
para que mejor se entienda,
¿usted se pone la venda
ántes de dar la caida?...

CONDE. Oh! no señoras, no á fe;
no es eso, no es eso.

CAT. Ya!

ROSA. Pues usted se explicará.

CONDE. Vaya si me explicaré!
Usté es hermosa.

ROSA. Oh! yo no.

CONDE. Sé que Aurora lo es bastante...
Usted es... interesante...

CAT. (Algo había de ser yo.)

CONDE. Las tres son bellas, discretas,
y segun pública fama,
son, en fin, lo que se llama

unas mujeres completas...
y ricas: lo que hay que ser
para rendir corazones;
en fin, son tres proporciones
que no se deben perder...
Y yo pudiera sin miedo
arrostrar sin engañarme...
si yo pudiera casarme.

LAS DOS. Ah!

CONDE. Pero nada, no puedo!
Yo soy en mis opiniones
firme como un espartano,
y todo el género humano
que venga á darme razones
no me dará luz que irradie,
luz que pruebe en verso ó prosa
que es el matrimonio cosa
que pueda gustarle á nadie.
Sí, señoras; si en contrario
dan los hombres testimonio,
yo digo que el matrimonio
no es un acto voluntario,
y el que librarse no puede
de él, es porque ya sabemos
que los hombres no lo hacemos;
es cosa que nos sucede,
como sucede un trabajo,
ó sacar la lotería,
ó caernos el mejor dia
por una escalera abajo,
ó perdernos por la noche
dentro de la poblacion,
ó tener el sarampion,
ó atropellarnos un coche...
Y por eso sin sentir
el hombre desprevenido
se encuentra un dia metido
donde no puede salir.
Y por divertir la ira
y no declarar que erró,
nos dice que se casó...
Qué se ha de casar!... mentira!

Empeño de no saber
dar á las cosas su nombre!
¿Qué se ha de casar el hombre?
¡quien se casa es la mujer!

CAT. Es usted un demagogo!

AURORA. Bueno, señorita Aurora!

CONDE. Eh? qué dice esa señora?

AURORA. Se rie del desahogo.

CONDE. Pues bien, yo, que mi fortuna
no he de buscar en mis bodas,
amo á las mujeres todas,
pero no engaño á ninguna.
Yo sin tratarlas jamás
mal, de su decoro en daño;
sín ser con ellas huraño
como lo era *Don Tomás*,
ni quejarme de rigores
que nunca les he debido,
ni haber por ellas sufrido
tormentos en mis amores,
prevenido de sus artes
y galante sin segundo,
las sigo por todo el mundo,
las busco por todas partes;
y siendo ellas de mis penas
el consuelo con sus galas,
temo á las malas por malas
y aun á las buenas por ser buenas.
Como del aburrimiento
de un lazo eterno me asusto,
voy derrochando con gusto
mi caudal de sentimiento.
Tengo hoy por hoy juventud,
una regular presencia,
libertad, independencia,
dinero y buena salud:
y con salud y dinero
yo al yugo no me acomodo,
quiero ser libre ante todo
y pasar mi vida... *entero*!
Pues de esto estoy bien seguro;
yo alguna vez he jugado,

y sé que un duro *casado*
siempre ha sido *medio duro.*

CAT. Pero, hombre!...

ROSA. Es usted fatal!

CONDE. Ya he dicho mi parecer,
y como han podido ver,
en la forma más jovial.
Y aunque evitar yo quisiera
un gran daño que lamento,
como en este testamento
no hallemos una manera
de evitar el gran perjuicio
que causan mis opiniones,
me temo que esos millones
van á parar al hospicio.
Esto no quiere decir
que yo que soy millonario
tambien, y aunque algo voltario
en mi modo de sentir,
no deje de intentar algo,
y á tres huérfanas tan bellas
les ofrezca, pese á ellas,
cuanto soy y tengo y valgo.
Mientras llega cual deseo
la hora de dar en el *quid,*
voy á ver á mi Madrid,
que años há que no le veo,
y á ver en este fecundo
suelo de fragantes rosas,
las mujeres más hermosas
que ha echado Dios á este mundo.
Este soy yo, y así soy
y así á los placeres llamo;
gozo y vivo, siento y amo
por donde quiera que voy:
y espero que ustedes tres
y yo haremos buenas migas,
encantadoras amigas;
he dicho... y hasta despues! (Váse)

ESCENA XIII.

CATALINA, ROSA, AURORA.

Quedan pensativas sin ocuparse unas de otras. Catalina á un lado á espaldas de Rosa. Rosa al lado opuesto, de espaldas á Catalina. Aurora en el fondo; las tres mirando al suelo. Pausa larga.—De pronto dice

CAT. Esto es farsa.
ROSA. Esto es ardid.
AURORA. Qué raro!
ROSA. Ha de ser de estuco?
AURORA. Es un pícaro.
CAT. Es un cuco
como hay muchos en Madrid.
ROSA. Conque... entero?
CAT. Conque... no?
Yo me las arreglaré.
ROSA. Á este yo me le amansaré.
AURORA. Á este le convenzo yo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Los personajes están tomando el té que sirve Rosa. El Conde de frac y corbata blanca.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, CATALINA, ROSA, AURORA, junto á la mesa donde está el té.

ROSA. Muy cargado?
CONDE. Sí, señora.
ROSA. Leche?
CONDE. Un poquito: una nube;
y un solo terron de azúcar.
CAT. Á mí pónmelo muy dulce,
que como yo soy amarga
puede ser que así me cure.
CONDE. ¡Amarga! Y por qué?
CAT. Cuestion
de carácter: nunca tuve
motivos de estar contenta.
CONDE. Con esos ojos azules!
CAT. Sí; pero con esta cara
que es un dibujo de Luque!...
CONDE. Por Dios, Catalina!
CAT. Es claro!

¿Piensa usted que yo no supe,
desde niña, que era fea
y que no hice la costumbre
de decírmelo á mí misma
y de arrojar los mejunjes
con que las mujeres todas
se adoban y se repulen?
No señor, no; yo no vivo
de ilusiones ni de embustes
con que engañar la certeza,
que tengo, de que me huyen
los que ante mis dos hermanas
se postrarían de bruces.

CONDE. (Es la primer mujer fea
á quien tal vez no se oculte
su fealdad.)

CAT. Y, así y todo,
no dudo de que álguien busque
en mí algo más que belleza
como despacio me estudie,
que á veces son las mujeres
bonitas, precioso estuche,
donde, en vez de encontrar joyas,
halla el hombre pesadumbres,
y tanto como lo bello
vale lo bueno y lo útil,
y en fin, que á todo hay remedio!

CONDE. No seré yo quien lo dude.

ROSA. Veo que va usté á salir.

CONDE. No hay medio de que me excuse.

ROSA. Va usted de baile?

CONDE. Sí.

ROSA. Adónde?

CONDE. Á casa de los de Nuñez.
Le he traido una visita
de un pariente...

ROSA. Yo iré el lunes.

CONDE. Y hoy por qué no?

ROSA. Porque hoy
precisamente se cumple
el año en que nuestro luto
termina, y habrá quien juzgue

que estaba en casa por fuerza,
y no hay por qué me apresure.

CONDE. Eso está bien.

ROSA. Y me encanta
ir donde la gente bulle,
y estábamos convidadas.
Y es natural que me guste
frecuentarlas sin descanso,
porque á ellas siempre acude
lo mejor...

CAT. De todo va;
que no hay por qué se vincule
la bondad en seis docenas
de personajes ilustres,
que aquí hemos dado en llamarnos
todo Madrid por costumbre,
cuando hay seiscientas mil almas
que no sé porque lo sufren.

ROSA. Vaya, mujer!

CAT. Pues es claro!
Aquí, como usted me apure,
llaman buena sociedad
á la sociedad que bulle;
de modo que las demas,
que no bailan ni presumen,
deben ser sociedad mala
ó gente de zurri-burre.
Le digo á usté, amigo mio,
que como á Madrid estudie,
va usted á ver tales cosas,
y tan raras, que le asusten.

CONDE. (Es sincera esta mujer!)

ROSA. Catalina nos aburre
con su ridículo empeño
de fingirse tosca y cursi.

CAT. Yo no finjo nunca nada:
soy así; no me confunden
ni el orgullo, que no tengo,
ni el mundo con sus vislumbres.
Se nace como se nace:
pobres hay que nacen duques,
y nobles que, como yo,

en vez de erguirse se hunden;
y hagan con él lo que quieran,
edúquese cual se eduque,
el que ha de ser tonto es tonto,
y el que ha de bajar no sube.

CONDE. Por eso, como he nacido
con instinto—y mucho dure—
de empedernido soltero,
en vano Rosa discute
conmigo sobre el error
de que quiere que me curen
sus cariñosos consejos
y sus preclaras virtudes.

CAT. Oiga! ¿Pues cómo así Rosa
á convencerle á usté acude,
ella que tiene más novios
que la hija de un archiduque?

CONDE. Cómo?

ROSA. No le haga usté caso.

CONDE. Ah! Tiene usted!...

CAT. No lo dude.

ROSA. Coqueterías veniales
con gente de poco fuste.

CAT. Cómo gente?

CONDE. Qué?

CAT. Hay tal gente?
Pues nada menos que luce
uno de ellos en el pecho
las cuatro heredadas cruces,
que ni las logra el favor
ni un decreto las produce!
Y no le digo á usted nada
del coronel Echaluces,
orgullo de nuestro Ejército
y honra y gloria de los húsares!
Pues, y el hijo del marqués
de Alcalá de los Gazules,
que está perdido por ella
desde que la vió en Santurce?
Si á estos tres les llamas gente,
dinos claro que presumes
casar con el Czar de Rusia

en el momento que enviude.

COND. Pero, Rosa...

ROSA. Si repito
que no hay nada serio.

CAT. Aburres
á los tres y un dia temo
se maten...

CONDE. Qué!

CAT. Si descubren...

ROSA. Pero Catalina.

AURORA. (Avanzando con una carta.)
Carta!

CAT. Lo ve usted? (Al Conde.)

ROSA. (Ap. á Aurora.) (Torpe!) Gertrudis
que me avisa...

CAT. (Cogiendo la carta.) Letra de hombre
y una corona de duque.

CONDE. Vaya, Rosa, que, por Dios!
nunca imaginarme pude
fuera usted tan poco franca
con tan raras aptitudes...

ROSA. No, eh?

AURORA. (Al Conde) Deme usted la taza.
(Tiembla!)

CAT. (Ap. á Aurora.) (Vé tomando apuntes.)

CONDE. Voy por mi abrigo. (Si todas
son un arsenal de embustes!)
Hasta luégo, Catalina.
(Tres nada ménos; y un duque...
Pues yo, millonario y jóven,
quién hay que conmigo luche?)

AURORA. Quiere usted luz?

ROSA y CAT. (Volviéndose á la vez.)
No!!

CONDE. (Demonio!)

AURORA. Aquí está ya Juan con luces.

JUAN. (Ha salido un poco ántes con luces.)
(Vámonos de España pronto.)

CONDE. Alumbra!

JUAN. (Dios nos alumbre!)
(Vánse los dos.)

ESCENA II.

CATALINA, ROSA, AURORA.

CAT. Conque es decir que á traicion
le estabas tú enamorando?
AURORA. Conque tú aquí estás jugando
con nuestra buena intencion?
CAT. Resulta patente ahora
que eres artera y ladina?...
AURORA. Que vendes á Catalina!...
CAT. Que estabas vendiendo á Aurora!...
AURORA. Que con mil adoradores
nos disputas á este ahora?
CAT. Que á nuestro pacto traidora
tambien quieres sus amores?
AURORA. Que antepones tu interés
al amor que alienta en mí?...
CAT. Que quieres llevar así
la fortuna de las tres?
ROSA. Oh! por Dios! no me ofendais!
No, hermanas, no me ultrajeis!
Tan mala me suponeis?...
Tan trastornadas estais?
Si, artes tal vez reprobadas,
su carácter me inspiró...
¿acaso sabía yo
que estabais enamoradas?
Me lo habiaís prevenido?
No me lo habíais negado?
AURORA. Cierto! Se nos ha escapado!
CAT. Verdad! Nos hemos corrido!
ROSA. Entónces, cuál es mi falta?
Qué ha habido en mí de traidor?
CAT. Lo que hay aquí es que el amor
en cuanto le pinchan, salta;
que en teniendo una mujer
de celos justos motivos,
pierde siempre los estribos
y lo echa todo á perder!
AURORA. Yo declaro que este Conde

me interesa.

ROSA. Pues mejor.

CAT. Á mí me ha entrado un amor
atroz, sin saber por dónde.

ROSA. Pues dejadme; yo os soy fiel!
Y mi belicoso acopio
no es amor, es amor propio
que lo ha despertado él!
Y no he de ser yo quien soy
ó le he de meter aquí.
(Cerrando el puño.)
Dejadme, dejadme á mí
que yo sé por dónde voy.
Las coquetas, aunque arteras,
somos del hombre señoras,
y somos las vengadoras
de las mujeres sinceras.
No señor! yo no he de ser
mujer nacida á llorar;
yo me propongo vengar
á tanta pobre mujer;
y mientras mi sexo llore
duelos del hombre cruel,
diviértame yo con él
haciéndole que me adore!
No temas: nada os quitó
mi intencion, eso jamás:
este sujeto no es más
que un coqueto como yo,
y os le he de poner tan tierno
que os cause, por mi salud,
indeleble gratitud
y agradecimiento eterno!

CAT. Un beso!

ROSA. Oh! sí!

CAT. De las tres
sé tú la que guarde el fuego
sagrado.

AURORA. Bien: pero y luégo?

CAT. Tienes razon: y despues?

AURORA. Tú le quieres!

CAT. Pero yo,

aunque le quiera...

AURORA. ¿Quién sabe?
Hermana, el caso es muy grave.

CAT. No te digo yo que no.
Pero, en fin, si ha de ser, sea!
su castigo ha de llevar.
Despues de tanto chillar
casarlo con una fea!

AURORA. Eso es!

CAT. Tú tendrás alguno
que te quiera... Uf! pues si hay peste!
Pero yo si no pesco éste
no vuelvo á pescar ninguno.

AURORA. Siempre para mí el rigor!

CAT. Yo lo hago por conveniencia,
que al casar logro la herencia
y es para todas mejor;
porque yo os he de cuidar
sin que os ocupeis de nada,
y pues que de interesada
nunca me habeis de tachar,
yo pondré la herencia á escote
para que vívais contentas;
disfrutareis de las rentas,
os daré una buena dote,
os casaré, no que no!
unidas siempre nosotras...
lo que os conviene á vosotras
es que me le lleve yo!

ROSA. Á mí, lleváoslo cualquiera:
nada me importa.

AURORA. Á mí sí.
Qué desgraciada nací!

ROSA. Yo quiero morir soltera:
y resuelvo, aunque la gente
chille, ir al baile esta noche.
Dí que me pongan el coche.

CAT. Voy á ver si esta Vicente.

ROSA. Yo á ese galan rendiré
y le he de casar contigo! (Á Catalina.)

AURORA. Con ella! Cuando yo digo...

CAT. Anda, tonta; que yo haré

que cases con Oliveres,
chico de ilustre prosapia.

AURORA. Sí, sordo como una tapia.

CAT. Pues muchacha, qué más quieres!...
Tú le podrás murmurar
y él nunca lo podrá oir.
Deja el asunto seguir
que todo se ha de arreglar.

ESCENA III.

AURORA.

Crecí lejos de mi padre,
madre no la conocí;
los juegos de mi niñez
fueron llorar y sufrir.
Nunca se me logra nada,
todos se rien de mí;
mi alegría es humo vano,
mi llanto da que reir.
Despierta sueño, y dormida
nunca hago sueño feliz,
que soñando con mi suerte
en paz no puedo dormir.
El aposento más triste,
la luz que tarda en lucir,
el vestido desechado
eso queda para mí.
Ellas aman, yo pretendo
la voz del alma seguir;
ellas huelgan, yo trabajo;
ellas amar, yo sufrir!...
y cuando el amor comienza
dentro de mi alma á bullir
con acentos de alegría
que se repiten en mí,
parece que el alma mia
tampoco puede sentir
sin que el fraternal rigor
pretenda ponerle fin.

¿Pues qué me queda, Dios mio?
Para qué entónces nací,
si ni el amor que tú infundes
lo puede mi alma sentir?
Dios mio, llevadme presto,
porque en mi vida infeliz
las alegrías del mundo
no se han hecho para mí!

ESCENA IV.

AURORA, JUAN, con el candelero.

JUAN. Esta luz ya no hace falta.
Pero qué hace usted aquí?
AURORA. Ya ve usted!
JUAN. Está llorando?
AURORA. No señor!
JUAN. Que no?
AURORA. Pues sí!
Lloro! Y á usted qué le importa?
JUAN. Se lo voy á usté á decir.
La única cosa que suele
sacarme de quicio á mí,
—que soy lo más egoista
que haya llegado á Madrid—
es ver llorar sin consuelo
á una mujer. Pesiamí
me interesa! Por qué llora?
AURORA. Porque soy muy infeliz!
JUAN. Todas las mujeres dicen
lo mismo.
AURORA. Pues es así.
Solamente que los hombres,
como no saben sentir,
lo que no entienden lo tachan
de ridículo y pueril.
Usté que ha corrido el mundo
¿no ha visto usted por ahí
que siempre somos nosotras
las víctimas del ardid,
y que llorando vivimos?

JUAN. Llorando hasta conseguir.
Por eso yo que no puedo
ver llorar, al ver que al fin
he de conmoverme mucho,
pico espuela y á vivir!
Conque, ántes de que usted logre
convencerme, huyo de aquí,
que me está esperando el amo
y si tardo va á gruñir.
AURORA. Ay, el amo, el amo, el amo!
JUAN. Qué hay con el amo?
AURORA. Un sin fin
de disgustos!
JUAN. Como siempre!
AURORA. Ah! Como siempre! Es decir?...
JUAN. Donde quiera que entra él
no hay más que líos.
AURORA. Ah! Sí?
JUAN. Si se lo disputan todas!
AURORA. Ah!
JUAN. Desde Oporto á Berlin.
Desde las frias inglesas
á las hijas de Paris,
en cuanto le ven... se rinden!
AURORA. (Y hay por qué!)
JUAN. Si es tan genti!
tan gallardo, tan rumboso,
tan decidor, tan... en fin,
confiéseme usted sin miedo
que mi señor, sin mentir,
es como dicen acá...
una persona... hasta allí!
AURORA. Sí lo es!
JUAN. Y que á estas jóvenes
les gusta!
AURORA. Y á qué es fingir?
JUAN. Á todas!
AURORA. Á todas!
JUAN. Claro!
Pero á quién más?
AURORA. Pues á...
JUAN. Dí!

AURORA. (Oh! No, mi deber no es ese,
mi deber aquí es sufrir
y obedecerlas á ellas,
que á obedecerlas nací!)
JUAN. Pero, por qué callas, niña?
AURORA. (Y mi pasion infeliz
no ha de saberla, cuando este
se la pudiera decir!)
JUAN. Mira, yo criado y todo,
no soy tan pobre, que al fin
no me pueda desprender
de esta moneda.
AURORA. Eh?
JUAN. Un Luis,
que son cuatro napoleones.
AURORA. No!...
JUAN. Guárdalos para tí.
Pero dime sin rodeos
cuál comienza ya á sentir,
por mi señor, esa especie
de gusano oculto y ruin
que muerde el corazoncito
con insistencia febril...
AURORA. Y parece que se empeña (Continuando)
en no dejarle dormir
y le despierta á la vida
que ayer del alma infeliz
era sombra y hoy es ya
fresca mañana de Abril,
donde entre luces y aromas
se ve el sol claro surgir,
inundando de alegría
el alma presa hasta allí,
porque sus doradas alas
tiende al sol que ve lucir,
navegando en una atmósfera
de oro y nacar y zafir...
JUAN. Muy culta eres, hija mia!
AURORA. Yo tambien se discurrir
—con el permiso de usted—
que, si abundan por ahí
criadas záfias y torpes,

tambien las hay con barniz.

JUAN. Claro!

AURORA. Porque el roce...

JUAN. Claro!...
Pero acaba de decir
quién entre las tres hermanas
le quiere ya.

AURORA. Pero...

JUAN. Dí!

AURORA. Pues... la señorita Rosa!

JUAN. Ah!

AURORA. (Mi palabra cumplí.)

JUAN. Y tú piensas que es de veras?

AURORA. Yo no sé lo que es sentir
traidoramente y por eso
creo lo que há poco oí...
Y adios, que hablar más no puedo!

JUAN. Por qué?

AURORA. Porque soy yo así...
que en hablando de estas cosas
no me puedo reprimir
y salto...

JUAN. Pero...

AURORA. Y me pongo
nerviosa y fuera de mí...
y...

JUAN. Pero por qué te marchas?

AURORA. Por qué me siento morir! (Váse.)

ESCENA V.

JUAN, el CONDE, ROSA.

JUAN. Lástima de criatura!
(Viendo partir á Aurora y sin ver al Conde.)
Lástima de condicion!

CONDE. Juan, ayúdame! (Poniéndose el abrigo.)

JUAN. (Ah bribon!)

ROSA. (Comencemos la aventura.)
(Mirándose al espejo.)

CONDE. Ella!

ROSA. Él es!
JUAN. (Ap. al Conde.) (Esta es aquella
que mi barómetro indica!)
CONDE. (Cómo?) (Id. á Juan.)
JUAN. (Que esta es la que pica,
me lo ha dicho la doncella.)
CONDE. (Ah!)
ROSA. (Bajito hablando están!)
CONDE. Ea, corriente, estoy listo.
JUAN. (Buena mano y ojo al Cristo.)
ROSA. (Fingiendo sorprenderse al ver al Conde.)
Hola!
CONDE. Retírate, Juan! (Váse Juan.)

ESCENA VI.

ROSA, el CONDE.

CONDE. Veo, encantadora amiga,
que por fin al baile va.
ROSA. Sí á fé: la gente dirá
que hago mal, mas que lo diga.
Bástame mi consecuente
dolor; y ademas ¿qué fuera
de Madrid si no tuviera
de qué murmurar la gente?
CONDE. Yo me alegraré de hallar
á usted, pues yo, forastero,
no esperaba cual ya espero
tener allí á quien hablar,
y haré feliz la velada
acompañándola á usté.
ROSA. No señor; si yo estaré
toda la noche ocupada!
CONDE. Pero... tanto?
ROSA. Sí señor.
Despues de un año de ausente,
conociendo á tanta gente...
CONDE. Y con tanto adorador...
ROSA. Es verdad; uno por uno
hablaré á córte infinita.
CONDE. Pues óigame usted, Rosita,

No crea usted á ninguno.

ROSA. Por qué?

CONDE. Juzgo que un servicio
puedo hacerle de más cuenta
que la apetecible renta
que va á parar al hospicio.

ROSA. Y es?

CONDE. Pues es, franco y sincero
presentarme á usted ahora,
y hablar con usté, señora,
como con un compañero.
Voy á darle á usted la clave
de toda guerra amorosa,
que parece nímia cosa
y es una cosa muy grave:
descubrirle al enemigo!
¿Tiene usted prisa?

ROSA. No á fe.

CONDE. Pues con permiso de usté
voy á quitarme el abrigo.
(Se lo quita y se coloca en medio de la escena.)

ROSA. Vamos á ver.

CONDE. Voy allá,
y fíjese en lo que diga.
El hombre, querida amiga,
ha sido y es y será
con su apariencia engañosa
más falaz cuanto más noble;
la mujer podrá ser doble,
pero el hombre es triple, Rosa!
Las mujeres no lo advierten
y ellos las burlan y pasan,
para ciento que se casan
hay diez mil que se divierten!
todas las humanas groscas
están dentro de estos lindes.
Ellas:—¿vaya que te rindes?
y ellos:—¿á que no me pescas?
Pero al fin las desdichadas
ven que son en los amores,
los peces los pescadores,
las pescadoras pescadas.

Secreto de este rigor:
—no lo olvide jamás—
que la mujer siente más,
pero el hombre habla mejor.
Derrochando uno tras uno
su caudal de castas flores,
logra el hombre cien amores
mientras ellas sienten uno.
Si oyera usté, amiga mia,
cuando entre cuatro paredes
hablan los hombres de ustedes,
¡qué cosas aprendería!
Si oyera usté analizar
á la más lista ó más bella,
cómo es esta, cómo aquella,
cómo se la debe hablar;
cómo este que la engañó
cuenta el triunfo y lo exagera;
cómo aquel rie y espera
vencer á la que le huyó
para lograr lo que alguno
jura que la dama evita...
Créame usté á mí, Rosita,
no se fie de ninguno;
y cuando dentro de poco
el uno le diga flores,
y el otro le jure amores,
y el otro se vuelva loco,
dude usted siempre, y espero
que vea en mí buena fe,
porque yo hablo con usté...
como con un compañero. (Pausa.)

ROSA. Lo estimo, sí, y me contenta.—
Y... esa manera de ser
del hombre con la mujer...
¿me la dice, ó me la cuenta?

CONDE. Cómo?

ROSA. ¿Ó es modo indirecto
que expresa con novedad
una superioridad
que me hace muy poco efecto?

CONDE. Pero...

ROSA. Pues si usted un dia
oyera los pareceres
de cuatro ó cinco mujeres,
¡qué cosas aprendería!
Sabría usted por de pronto
que el hombre es cual rama flébil,
cuanto más listo más débil,
cuanto más guapo más tonto.
Oiría referir
que aun el más independiente,
rendido humilla la frente
que nunca quiso abatir.
A esta oiría contar
que por seguirla incesante,
fué otro de Norte á Levante
dejando patria y hogar.
Que Luisa, que es una perla,
deja sin ningun reparo
pobre al rico más avaro
del mundo, ántes de quererla.
Que la mujer no es tan mala,
que en el terreno de amor
se tropieza en lo mejor,
y el que no se cae resbala.
Cosa es desconsoladora;
pero yo la revelé
porque yo hablo con usté...
como con una señora.

CONDE. Siento haberla á usté ofendido.

ROSA. No, si es que usted se ha engañado.

CONDE. No señora; yo he hablado...

ROSA. Sí, como un hombre corrido.
Pero como yo tambien
soy al sentimiento agena
y no hemos de hacer la escena
del *Desden con el desden*,
vaya usted, tan listo y ducho,
al baile á hacer su conquista,
y pase allí su revista
y diviértase usté mucho!

CONDE. Suponga usted que le he dicho
cómo es el hombre hoy aquí

para que no vea en mí
arte, traicion ni capricho,
y hacerle á usted el amor
de un modo ménos vulgar!

ROSA. Dónde va usted á parar? (Resentidísima.)
Hágame usted más favor!

CONDE. Rosa!

ROSA. Si usted se ha propuesto
no casarse y me enamora,
¿cómo es esto?

CONDE. Yo, señora!...

ROSA. Ni cómo puede ser esto?
Ó usted lo que hace no piensa,
ó aunque en la forma más culta
á mi honrado nombre insulta
y á mi casa hace una ofensa!

CONDE. Mas...

ROSA. Haga usted el favor
de retirarse de aquí.

CONDE. Pero...

ROSA. (Llamándola.) Catalina!...

ESCENA VII.

DICHOS, CATALINA.

ROSA. Dí
quienes somos al señor;
porque si nos dijo ayer
que el casarse no comprende
y á mí amante me pretende,
no sé para qué ha de ser.
Tú que tienes tus ideas
y de él me hablas con pasion...

CONDE. Cómo! Usted? (Agradablemente sorprendido.)

CAT. Yo? (Qué ocasion!)

ROSA. Fuerza será que esto veas;
que en cuanto á mí no he de dar
ocasion á tus reproches.

CONDE. Conque usted!..

CAT. Mas...

ROSA. Buenas noches.
(Ya comienza á despertar.) (Váse.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, CATALINA.

CAT. Comprenda usted, señor conde,
que su atrevida conducta
si no es añagaza tosca,
parece sangrienta burla.
Sobra la razon á Rosa;
usted que jura y perjura
que quiere morir soltero
y no ha de casarse nunca,
¿con qué fin á una muchacha
soltera se le insinúa?
Convengamos en que hay cosas
verdaderamente absurdas.
(Pausa. El Conde se acerca á ella lentamente y le dice:)

CONDE. Pues usted que ya conoce
en materia de coyundas
mi opinion, hermosa amiga,
(Recalcando la palabra *hermosa*.)
¿cómo sin reserva alguna
dice á sus mismas hermanas
sin rebozo, que le gusta
mi humildísima persona
y mi modesta figura?
(Despues de una pausa en que Catalina no sabe qué contestar, dice cariñosamente y con mucha cortesía.)

CAT. Siéntese usted un poquito.
No es tarde; sólo es la una,
y hay asuntos que no deben
tratarse entre todas juntas,
y yo hago veces de madre
y el ser franca no me asusta.

CONDE. La escucho á usted gustosísimo.

CAT. (Pues ya verás lo que escuchas.)
De haber yo hablado de usted

con elogio, no resulta
que usted me haya enamorado,
que es lo que usted se figura.
Yo hablo siempre con vehemencia;
las niñas todo lo juzgan
segun su edad, y no entienden
las cosas y las abultan.
Cierto que si usted quisiera
—que no quiere—hacer la última
voluntad del noble amigo
á cuya memoria insulta
dejando á tres pobres huérfanas
más pobre que Carracuca...

CONDE. Diré á usted.

CAT. Muy pronto acabo.
Si ansiando dichas futuras
creyera yo que iba usted
á elegir de las tres una,
como usted es muy simpático
y tiene distincion suma,
y talento, y... con franqueza,
dinero, que al de su cuya
reunido, formaría
una brillante fortuna,
yo, que soy tan horrorosa,
tan chavacana y tan brusca,
tal vez le probase á usted
que con tan triste figura
tengo un corazon más grande
que veinte Eloisas juntas;
y que el hombre á quien yo quiera,
logrará en mí con la suya
toda la pasion humana,
pues no he sentido aún ninguna,
y la que al cumplir los treinta
entra de amor en las luchas,
como lo sienta de veras,
hará... en fin, estoy segura
que usted que habrá visto tanto
no ha visto usted eso nunca!

CONDE. Quisiera verlo!

CAT. Mas hoy...

no le ofenda á usté mi ruda
confesion: si usté me diese
el gran ducado de Osuna...
si me diera usté un navío
cargado de punta á punta
de onzas del siglo pasado
de esas que llevan peluca;
si me diera usté el secreto
de cambiar mi catadura
por una igual á esas vírgenes
que eternizó en sus pinturas
Murillo, mitad divinas
y otra mitad andaluzas,
si ofreciéndome todo eso
y una vida de venturas
me dice usted que no puede...
comer, si yo no soy suya,
yo me quedo pobre y fea,
y usted se queda en ayunas!

CONDE. Y por qué?

CAT. Porque usté es muy malo.

CONDE. Qué sabe usted!

CAT. Oh! no hay duda.
Usted quiere amar por gusto,
quiere luchar por la lucha,
y no por el vencimiento,
que es en usted cosa insulsa.
Egoista, huye los lazos
del hogar que aleve insulta,
y ama usted á mil mujeres...
sin que le quiera ninguna,
porque si á todas las deja
y ellas despues no le buscan,
claro es que le han conocido,
y sin pesadumbre alguna
no cantan el *miserere*,
que cantan el *aleluya*!

CONDE. Oh! no tal! Vamos despacio!
Si usté á palabras me abruma
voy á resultar un monstruo,
y la defensa es muy justa;
y ántes de que usted me juzgue

tan malo y de alma tan dura,
voy á abrirle á usted mi pecho.

CAT. Abra usté esa puerta oscura!

CONDE. Sabe usted por qué yo increpo
al matrimonio en mis burlas?
Es... porque la Santa Iglesia
al dar mujer, me da una,
y yo... le soy á usted franco,
yo quisiera tener muchas!!...

CAT. Pues póngase usté un turbante
y unas babuchas morunas,
y cásese usté en el Cairo
y tendrá usté una patrulla.

CONDE. Me gustan todas, señora!
Dejo á Manuela por Pura
y á Pura por Isabel,
y á Isabel por Restituta,
y yo quisiera fijarme,
me lo he propuesto en la lucha
que sostienen mis instintos
con mi nobleza y cordura:
pero ¡ay! aunque me fijase,
señora, ¿quién me asegura
que el matrimonio no es carga
para quien no halla en su adjunta
una mujer como es
la que mis afanes buscan,
y que yo la tengo aquí, (En la frente.)
y no logro hallarla nunca?

CAT. Eso ya es algo.

CONDE. He corrido
desde Cádiz hasta Rusia,
y desde el mar de las Indias
hasta el golfo de las Mulas...
y todas eran... aquellas!...
pero la mia... ninguna!

CAT. Y cómo es?...

CONDE. (Acercando la silla.) La que yo quiero
para en eterna coyunda
buscar en su amor olvido
de mis locas aventuras,
no ha de ser ni muy hermosa

ni muy fea, ni muy culta,
ni muy necia, ni muy fría,
ni exaltada y tremebunda.
La quiero ni alta ni baja,
ni gorda, ni larguirucha,
ni avara, ni derrochona,
ni pobre, ni de alta alcurnia,
ni exigente, ni humillada,
ni entrometida, ni oscura.
Una mujer... que no pueda
alardear de su cuna,
ni alejar con su carácter,
ni encelar con su hermosura;
una compañera honesta,
hacendosa, humilde, culta,
severa sin petulancia,
exigente con dulzura,
sol de invierno, mar en calma,
flor humilde, nota oculta,
blanda brisa, casto beso,
sueño en paz, noche de luna,
justo medio de la dicha,
la felicidad en cuma,
buena, bonita, barata,
es decir, el *non plus ultra*.

CAT. Pues yo no le sirvo á usted.

CONDE. Oh, señora! Quién se excusa...

CAT. De las tres *ccc* que usté ha dicho
ya ve usted, me falta una.

CONDE. Rosa es bonita y es buena.

CAT. Pero es muy cara.

CONDE. ¿Eh?

CAT. Sin duda.

CONDE. ¿Y Aurora? Dónde está Aurora?

CAT. En la cama con reuma.
Esa es bonita y barata.

CONDE. Y buena no?

CAT. Hay tal pregunta?]
Pues no digo que está mala?

CONDE. Ah!

CAT. No la ví buena nunca!

CONDE. Rosa es muy lista.

CAT. Muy lista.
CONDE. Y es astuta.
CAT. Muy astuta!
y sobre todo... muy fría.
CONDE. Y sobre todo... me gusta!
y voy á fijarme en ella...
CAT. Claro! Por entrar en lucha
con el coronel y el duque
y toda la turba multa
que ahora mismo está bailando
con ella... polkas mazurcas!
CONDE. Es verdad.
(Yendo á levantarse de la silla rápidamente, pero sentándose en seguida arrepentido.)
CAT. Dónde va usted? (Riendo.)
CONDE. Pues... á cambiar de postura!
CAT. Creí...
CONDE. Ve usted? Si yo ahora (Exasperado.)
amase á esa criatura,
si ahora fuera yo su esposo
vería manos intrusas
apretando en un wals íntimo
su delicada cintura,
y tendría celos... celos!...
que es una pasion absurda,
ridícula, necia, *cursi*,
propia sólo de gentuza!
Ese es el inconveniente
terrible de la hermosura!...
CAT. Ó del amor.
CONDE. No! las feas...
CAT. Déjese usted de tontunas!
Inocente!... Si los celos
no los causa la figura
ni son calidad intrínseca
de pasion concreta alguna!
En esa se llaman celos,
estímulo en otras muchas,
emulacion en las artes,
envidia en literatura,
ambicion en la política;
y en cualquier humana lucha

todo lo que en otro vemos
lograr y se nos figura
que por derecho exclusivo
nos debe dar la fortuna,
celos son, que al egoismo
causan eterna tortura,
sed de una dicha ilusoria
que no se logra hallar nunca!

CONDE. Señora, dice usted cosas
que es fuerza que me descubran
horizontes tan extensos
cual no los ví en tantas luchas
de que salí victorioso,
con tanta y tanta hermosura
que ora en mí revuelta mente
veo yo vagar confusas.
Me cree usted incapaz
de sentir!... á mí!...

CAT. Sin duda!
Usted adora la forma.
Es usted artista, en suma,
y el arte y el matrimonio
si hacen migas son muy duras!

CONDE. Oh, es verdad! Yo estuve ciego;
hay algo más que la lucha
del deseo con la suerte
y el oro con la hermosura.
Usted me descubre un mundo
ignorado que me anuncia
nueva vida, y si ántes Rosa
me obligó con sus repulsas,
usté con su corazon,
que revela un alma pura,
noble, desinteresada,
y franca, y abierta, justa...

CAT. Poco á poco, poco á poco!

CONDE. Qué demonio, usté me gusta.
Sí tal!

CAT. Pues usté á mí no!

CONDE. Cómo no?

CAT. ¿Quién me asegura
que el interés no le mueve?

CONDE. Esa razon es absurda!
Yo soy ya bastante rico.
CAT. Y á las dos semanas justas
de ser mi esposo, le entra
á usté de nuevo la furia
y se va con su dinero,
y quedo yo con mi burla,
ni contenta ni pagada,
y ni casada ni viuda!
No señor, mientras supuse
que había en usted cordura
y que sin mútuo desdoro
pudiera en casa haber nupcias,
no he de negar que pensaba
en la probable coyunda;
pero ahora que ya veo
que es usted un salta-curias,
derrochador de mujeres
y corazon... gargantua,
ni yo ni mis dos hermanas
mientras haya hilo y agujas
tomaremos diez millones
á costa de mil venturas.
Abramos el testamento
mañana sin falta alguna;
pase el dinero á los pobres,
vuelva usté á emprender su ruta,
y vaya usté á divertirse
con las belgas y las rusas,
las francesas y las suecas,
las criollas y las turcas,
que al fin con tanto dinero
y con tanta ciencia... infusa,
va usté á caer en las garras
de alguna hambrienta franchuta,
que á más de dejarlo en cueros
va á volverle á usted tarumba. (Váse.)

ESCENA IX.

EL CONDE.

Hace la escena paseando rápidamente por el proscenio.

CONDE. ¡Malhaya amen mi torpeza!
Malhaya mi condicion!
Y mi famosa agudeza?
y mi eterna expedicion?
Pese á mi destino adusto,
no me rindo en la partida.
Este es el primer disgusto
que me hayan dado en mi vida!
Y ello es que me gusta Rosa,
y que la quiero humillar,
y esta mujer horrorosa
me ha logrado interesar.
Yo he aprendido á gozar,
á luchar, á conseguir,
y con tanto derrochar
no he aprendido á sentir
ni á encontrar el errabundo
ser que yo siento aquí dentro
y que no existe en el mundo;
ó al ménos yo no le encuentro!
Tras este doble desden,
iría prendado en pos...
¿de cuál? fijémonos bien!
(Pausa.—Dice rápidamente.)
Si es que me gustan las dos!!
Si es que con tan doble afan
no sé ya ni lo que quiero!
Juan!—¡Yo tengo fiebre!—Juan!—
Aquí de mi consejero.

ESCENA X.

EL CONDE, JUAN.

JUAN. Qué pasa?

CONDE. Ya estoy al cabo
de todo y enteradísimo.
Ya se como piensan.
JUAN. Bravo!
CONDE. Yo sé cómo son.
JUAN. Bravísimo!
CONDE. La mayor es solapada,
la otra es la agudeza suma,
de la chica no sé nada
porque esa está con reuma.
De una con las artes lucho,
y de otra con el desden;
la mayor me gusta mucho
y la mediana tambien!
Y á mí que del Rhin á Pó
ninguna me hizo caer,
me tienen, créaslo ó no,
entre una y otra mujer,
como aquellos pobrecitos
estudiantes portugueses
que despues de muchos meses
de vigilias y apetitos,
cuando el hado á tal enjambre
de males venció risueño,
no podían dormir de hambre
ni comer de puro sueño!
JUAN. Pero se pueden decir
que amor comienza á nacer?
CONDE. Algo de eso debe ser,
porque me siento morir.
Yo desfallezco...
JUAN. Mal rayo!...
CONDE. Y ya el pecho se me abrasa.
JUAN. Y ver, niña!...
CONDE. Me desmayo...
(Cayendo en un sofá.)
JUAN. Muchacha!...
CONDE. Jesús!
AURORA. (Apareciendo.) Qué pasa?

ESCENA XI.

EL CONDE, JUAN, AURORA.

JUAN. Agua!
AURORA. Qué pálido está!
CONDE. Estoy muy malo.
JUAN. Anda!
AURORA. (Al Conde con interés.) Sí?
Algun disgusto!...
CONDE. Quizá.
AURORA. Lo mismo me pasa ó mí!
CONDE. Tambien tú?
JUAN. Aún estás llorosa?
CONDE. Pues hombre, á la vista salta!
AURORA. Tengo una pena horrorosa!
JUAN. El agua!
CONDE. No, no hace falta.
AURORA. Yo he de estar á su cuidado!
CONDE. Es muy dulce!
JUAN. No que no!
(Esta chica se ha empeñado
en que me enamore yo!)
AURORA. Yo adivino la amargura
que sufre usté en este instante.
CONDE. Hay más dulce criatura?
Déjanos, Juan!
JUAN. (Ah, tunante!) (Váse.)

ESCENA XII.

EL CONDE, AURORA.

CONDE. Habla, niña encantadora!
AURORA. Si todo lo he escuchado!
Como estoy allí al cuidado
de la señorita Aurora...
CONDE. Y dime... opinaba ella
que yo no puedo sentir...
(Pero voy yo á discutir

mis cosas con la doncella?)
(Pasea por toda la escena.)

AURORA. Decía usted?...

CONDE. Nada, nada...
que me interesó tu llanto...
y que no te apures tanto.

AURORA. Ay! Si soy tan desgraciada!

CONDE. Claro! El que sirve, el que espera...
Serás pobre!...

AURORA. Sí señor.

CONDE. Pues vas á hacerme el favor
de tomar esta cartera.
Dentro hay dos ó tres billetes
no sé de cuanto; es igual,
mi oferta es franca y leal
y á nada te comprometes.
Nada receles de mí;
mi oferta, niña, es sincera;
tal vez eres la primera
á quien los doy... porque sí.

AURORA. Pero...

CONDE. Y déjame, chiquita!
(Paseando otra vez.)
Di que despidan el coche:
ya son las dos de la noche:
no tengo gana maldita
de salir, ni de bailar,
ni de hablar, ni de comer...
(Coge un libro de una mesa y lo tira contra el suelo.)
Lo que quisiera es tener
álguien con quién desfogar.
(Cogiendo otro objeto cualquiera y tirándolo contra la pared.)

AURORA. Yo que en usted ví el reflejo
de lo que yo estoy pasando
y que venía pensando
en pedirle á usté un consejo!

CONDE. ¿Á mí tú?

AURORA. Yo que le oía
discutir con... la señora,
y en su sed devoradora

mi propia pena veía.

CONDE. Tú?...

AURORA. Yo: donde usted me ve
ántes de servir, he sido
señorita.

CONDE. Y has venido
á ménos? me lo pensé.
Tu lenguaje, tu figura
son de un ser nada vulgar

AURORA. Ay! Es tan triste bajar!...

CONDE. Verdad?—Pobre criatura!

AURORA. Juventud, cuna y belleza
y aun amor que resplandece:
todo, todo lo oscurece
la sombra de la pobreza.

CONDE. Vamos á ver: ¿qué te pasa?

AURORA. Pues que así, como usted va
buscando aquí y acullá
con fiebre que su alma abrasa
una mujer singular
sin forma, sin ser, sin nombre...
yo vivo buscando un hombre
que no lo puedo encontrar.

CONDE. (Declaracion: la fleché.)

AURORA. Usted con tanto caudal
busca en vano un ideal
segun há poco escuché:
y yo, señor, desespero
de hallar *lo que estoy soñando;*
porque lo que voy buscando
no se compra con dinero.

CONDE. ¿Pues dime, hay algo ignorado
que no se compre y se venda
en esta espléndida tienda
del mundo civilizado,
desde el mísero reptil
hasta el aparato régio?
Yo salí de mi colegio
de la vida en el Abril,
y sirviendo á mi albedrío
como mujer caprichosa,
encontré la vida hermosa

y el mundo entero hice mio,
y huyendo los desengaños:
y así, libre por costumbre,
y de pie sobre la cumbre
de mis alegres veinte años,
yo ni lloro, ni maldigo
del mundo en daños fecundo,
porque como al fin el mundo
ha sido siempre mi amigo,
yo digo: sea él así,
¿qué me importa su ficcion
si todas sus artes son
para divertirme á mi?

AURORA. ¿Cómo en probarme se empeña
poder que no me convence,
si una coqueta le vence
y una fea lo desdeña?

CONDE. Niña!

AURORA. Usted quiere engañarse
y mi humilde aspecto al ver
me pondera su poder...

CONDE. Cómo?

AURORA. Para consolarse.
Mas si yo fuera su igual
ó su parienta ó su amiga,
del pesar que le atosiga
me hablara franco y leal,
y me diría usté ahora:
—Á mí con práctica tanta,
una coqueta me encanta
y una fea me enamora.
Soy libre y rendirme quiero
á sus artes engañosas...
Ay!... señor, hay tantas cosas
que se rien del dinero!...

CONDE. Déjame en paz!
(Pasa á otra butaca distante.)

AURORA. (Yendo á buscarle.) Oiga usté.
Cuando yo despierta sueño,
cuando con amante empeño
mi alma feliz con su fe
tendiendo sus alas va

por lo ideal navegando,
yo me complazco estudiando
la diferencia que va
entre arrojar el aliento
por dar al aire respiro,
y entre exhalar un suspiro
expresion de un sentimiento.
Lágrimas distintas son
las del dolor material
á las que en lucha moral
arrancan del corazon.
Se alienta por respirar
y no cesar de vivir:
se suspira por sentir,
y se llora por llorar!
Late el corazon de prisa
por enfermo ó por cansado,
mas tambien late azorado
á impulso de una sonrisa.
Para usted el cielo azul,
es aire de ese color,
para mí tras el fulgor
de su trasparente tul,
hay un reino de bonanzas
en mil consuelos fecundo,
reino que no es de este mundo
pero mundo de esperanzas.
La dolencia honda se esconde
del cuerpo tras de las venas,
pero el dolor de las penas
se siente sin saber donde.
Logra el alimento usual
del cuerpo la crasitud
fomentando la salud
en la vida material.
Mas tambien si no la mancha
la nube del sentimiento
tiene el alma su alimento,
se siente amada y se ensancha.
Usted va del mundo al fin;
yo ando más sin ir tan lejos;
que á los últimos reflejos

de la tarde en mi jardin,
me lleva mi fantasía
donde yo quiero llegar:
y yo que en años de andar
el mundo no correría,
pudiera con mi pasion
y en instantánea jornada...
llegar con una mirada
al fondo de un corazon.

CONDE. ¿Luégo hay algo ¡pesiamí!
que tú me vas á enseñar,
pues lo siente un ser vulgar
y yo nunca lo sentí?
Algo que ha de ser mejor,
algo que bien puede ser
aún más dulce que el placer?

AURORA. Pues ya lo creo! el amor!
El amor que vuelve locos
á los tontos y á los duchos;
palabra que dicen muchos
pero que la entienden pocos;
y por eso yo no espero
encontrar aunque lo ansío
quien logre el anhelo mio
que no lo compra el dinero;
y al ver cuál se prodigó
del amor el falso nombre,
voy buscando en vano el hombre
que lo sienta como yo!

CONDE. (Despues de una pausa y preparándose le dice con cómica resolucion.)
¡¡Yo soy tu hombre!!.

AURORA. Eh!...

CONDE. Nada, nada:
tú has logrado persuadirme;
tú eres la que está en lo firme:
tú eres la mujer soñada;
tú eres la imágen bendita
de la que busca mi pena,
bonita, barata y buena,
buena, barata y bonita;
ni eres como Rosa hermosa,

ni fea como su hermana
ni coqueta ni liviana,
ni hechicera ni espantosa.
(Suena la campanilla.)

AURORA. Pero soy de humilde cuna.

CONDE. ¡No importa!

AURORA. Y de incierto estado;
que hasta mi nonbre prestado
me le dieron en la cuna.
Usted no podrá querer
unirse á la que aunque quiera
ni saber puede siquiera
á qué madre debió el ser!
(El Conde comienza á reflexionar en la verdad que encierra las palabras de Aurora y está parado meneando una pierna y con los brazos cruzados con impaciente indecision.)
Usted no haría por mí
ofensa á su ilustre nombre,
ni yo merezco...

ESCENA XIII.

AURORA, EL CONDE, ROSA, CATALINA.

ROSA. Pero, hombre!
Todavía está usté aquí?

CONDE. Si señora, todavía:
ya lo ve usted; no he salido.

ROSA. Pues usted se lo ha perdido!

CAT. Quién llamaba?

ROSA. (Á Catalina.) Ay, hija mia!
Qué baile tan ideal!
Ay, qué encanto, qué delicia!

CONDE. Ven acá!
(Ap. á Aurora que se ha retirado al fondo.)

ROSA. Hay que hacer justicia.
Una fiesta sin igual.

CONDE. No te vayas! (Id. á Aurora como ántes.)

ROSA. (Ap. á Catalina.) (Qué ha pasado?

CAT. Lo tenemos aturdido.)

ROSA. Lo que yo me he divertido!...
Señores, lo que he gozado!
Pablo me ha dado esta rosa...
¡y cómo ha rabiado Amelia!
Serafin esta camelia.

CONDE. ¿Sí?

ROSA. Qué cosa mas hermosa!
Este *bouquet* monsieur Gué,
el galante embajador;
por cierto que este señor
me ha estado hablando de usté,
y Luis Pló, que en Portugal
estuvo el año pasado,
y otros muchos me han hablado...
Ay! pero todos muy mal!

CONDE. Cómo?

ROSA. Fuera sólo uno
y no trajera yo el cuento,
¡pero si son más de ciento!
Pero, chica, si no hay uno
que no le haya conocido
en las córtes europeas
por sus extrañas ideas
y carácter distraido,
y no diga mucho ó poco
de este señor, y no bueno;
los unos que es usté un trueno,
los otros que está usté loco;
quién, que gasta su fortuna
sin talento y sin medida;
hay quien dice que en su vida
ha hecho conquista ninguna,
y que es, para dar, muy pronto
y para lograr muy chico:
todos dicen que es... muy rico!...
muy rico, pero muy tonto!

CONDE. La opinion maldecirá,
mas maldito si me ofende!

CAT. Se pica!

ROSA. No se comprende!

CONDE. Qué bonitísima está!... (Por Rosa.)
Yo sabré pronto probar

que desprecio esos reproches.

ROSA. Vaya, vaya, buenas noches.

CONDE. Pero...

ROSA. Me voy á acostar.

CONDE. Ya me humillaste... ah, traidora!

CAT. Y que así las gentes sean?
Derrocha usté y se lo afean!...

CONDE. Tiene usted razon, señora.

CAT. Deslumbra usté á la opinion,
y la envidia de la gente,
es natural, lo desmiente!

CONDE. Tiene usté mucha razon!

CAT. Ven que ha llegado usté ahora
y sin dejarle llegar
ya le quieren á usté echar.

CONDE. Tiene usté razon, señora!

CAT. Y yo que he visto en usté
más torpeza que malicia,
le hago á usted ya más justicia
que todos.

CONDE. Bien puede ser!

CAT. Usté no es más que egoista;
pero en cuanto se enamore
hará usté que se le adore,
y quien haga su conquista
trocará en amante alarde
sus amorosos derroches:
conque vaya, buenas noches,
acuéstese usté, que es tarde.

CONDE. Oiga usté, por caridad!
¿Se va usté á marchar ahora?
esta es la verdad, señora!

AURORA. (Bajando rápidamente y con precipitada voz.)
No: qué ha de ser la verdad!
Pues cómo no ve el acopio
que hacen entrambas de asedios
buscando todos los medios
de picarle el amor propio
y de tenderle una red
para que esposando á una
no se pierda esa fortuna
que sólo pende de usted?

Ni cómo puede explicar
que puede el amor sentir
oyéndose maldecir,
oyéndose amonestar,
y en seguir loco se empeña
con sed que no se comprende,
tan pronto á la que le ofende
como á la que le desdeña?
¿Qué guarda quien siente así
á la que franca y sincera
en secreto le dijera:
yo soy la que piensa en tí,
yo la que siente quizás
que oro y talento te sobre,
que así fueras tonto y pobre
para quererte yo más.
Yo sin interés ni dolo
te busco y á solas te amo,
tú eres el ser que yo llamo,
tú mi pensamiento solo,
y es la vida para mí
unir mi suerte á tu suerte...
que te quiero por quererte...
y por vivir para tí!

CONDE. Esa eres tú!

AURORA. No!

CONDE. Qué no?
Lo has dicho de una manera...

AURORA. (Oh! Me he descubierto!)
(Yéndose precipitadamente.)

CONDE. Espera!
Quédate!

AURORA. No!
(Aurora se va corriendo y el Conde detrás de ella hasta que le da con la puerta en las narices.)

CONDE. Se marchó!

ESCENA XIV.

EL CONDE, JUAN, luégo AURORA, CATALINA, ROSA.

CONDE. Esto es una pesadilla!
—Juan!—Yo no sé lo que quiero!—
¡Juan!...
JUAN. Qué pasa?
CONDE. Que me muero!
JUAN. Otra vez! Traigo otra silla?
CONDE. Que al final de tantas redes
que evité en arte infinito...
he caido en el garlito
en estas cuatro paredes,
y que aquí donde me ves,
estoy loco, enamorado,
(Ábrense las tres puertas y aparecen en ellas Aurora, Catalina y Rosa que adelantan el cuerpo poniéndose la mano en el oido para oir mejor lo que va á decir el Conde.)
perdido, desesperado!...
JUAN. ¿Pero de cuál!!.
(Sacando el pañuelo y llorando cómicamente.)
CONDE. ¡¡De las tres!!!.
(Las tres señoras se santiguan á la vez diciendo:)
JUAN. Lances he visto grotescos,
pero como este ninguno!
(Vuelven á meterse cada una en su cuarto.)
CONDE. (Hablando consigo mismo desesperado.)
Pillo!—Tonto!—Necio!—Tuno!!—
(Dándose de cachetes y llorando cómicamente.)
JUAN. Pues señor, estamos frescos!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, despues JUAN.

Aurora está sentada al velador repasando la cartera que le dió el Conde en el acto segundo.

AURORA. Indudablemente estaba
al dármela distraido,
porque si no, cómo pudo
querer que sin impedirlo
mi curiosidad, me entere
yo aquí de su contenido?
Cartas... papeles... dinero...
Dinero! Ay oro maldito!
Tú eres la causa de todos
los desengaños impíos
que agostan los corazones
y trastornan los sentidos.
Debo yo enterarme ahora
de lo que hay en los bolsillos
de esta cartera? Es tan sólo
curiosidad el indigno
afan que me aguijonea?
Puesto que quiere el destino

que sepa algo de su vida
íntima... más... despacito.
Sola estoy... y tengo miedo.
(Se levanta, va á mirar por todas las puertas y vuelve.)
¡Nadie! Valor; no resisto
á saber lo que hay aquí.
Ay! Si tendré que sentirlo!
—«Ginebra, tres de Febrero.
»Juanito del alma mia:
»no vivo desde aquel dia
»en que te fuistes de aquí.
»Dos años há, y aún espero,
»y aún en tu vuelta confio.
»Será posible, amor mio,
»que no te acuerdes de mí!»
Fecha del setenta y siete,
vaya por Dios este olvido.
(Leyendo otra.)
«Conde; usted anda perdido:
»qué es lo que le pasa á usté?
»Si no hay algun grave asunto
»que le tenga intervenido...
»mañana á las doce en punto
»le espero á tomar el té.»
(Leyendo otra.)
—«Eres un mónstruo, un bandido,
»un desleal, un farsante;
»un hombre vil, un tunante,
»un grandísimo bribon.
»Si te echo la vista encima
»á tiro de mis enojos,
»te voy á sacar los ojos,
»grandísimo camastron!»—
—Qué de insultos! Qué diversos
y qué funestos amores!
Esta es más larga. Unos versos!
Están firmados por él!
Á fe que no le creía
tan dado á la poesía.
Veamos sus impresiones
trasladadas al papel.

—«Oh mujer! Dulce tesoro,
del mundo sublime encanto,
causa de tanto quebranto,
fuente de tanto placer.
Con qué ciega idolatría
te adorara el alma mia
si tras tanto amor y tanto
pudiera yo en tí creer!
Tú bajo formas distintas
bienes y males hermanas,
todas las artes humanas
se miran juntas en tí.
Tú eres bien y eres martirio,
sombra y luz, tormenta y calma,
tortura y dicha del alma,
desaliento y frenesí.
Tú con múltiples amores
de mi vida en los albores
á la lucha me convidas,
que es al fin dulce placer;
y en dulcísimos amaños
agotando tus trofeos,
vas sirviendo á mis deseos
por el ansia de vencer.
Dulce guerra en que en mi daño
son tus armas las mudanzas,
ilusiones y esperanzas,
sorda lucha, eterno afan;
voces hondas que nos llaman
y venturas que nos dejan,
ilusiones que se alejan
y esperanzas que se van.
Mas qué importa! Si en tus redes
siempre el alma estuvo presa,
de adorarte no me pesa
con ardiente corazon.
Si eres falsa, eres hermosa:
tú eres pues dolencia y cura,
siga el alma su aventura,
tienda el vuelo la pasion.
Siempre amante y nunca opreso
yo hallo dicha en tus agravios;

que tú alientas en mis labios
con voluble novedad.
Bogue el alma en mar serena
con tu brújula engañosa
mientras salga victoriosa
mi adorada libertad.»—
—Oh! no hay duda, siente y ama,
mas no rinde su albedrío
por recelo, por hastío
ó por dominio de sí.
Tal vez álguien en su pecho
la mortal herida ha hecho...
¡Cómo haría yo, Dios mio,
para que creyera en mí!

ESCENA II.

AURORA, JUAN.

JUAN. Cómo, usted con esa guasa...
AURORA. Me acabo de levantar.
JUAN. Buen modo de gobernar
las haciendas de la casa!
AURORA. Es verdad, ya me olvidé...
JUAN. Volvieron?
AURORA. Quiénes?
JUAN. Pues ellas.
AURORA. Ellas?
JUAN. Donosas doncellas!
Mal enterada estás.
AURORA. Qué?
JUAN. Pues no sabes, hija mia,
que se han ido hace un momento?...
AURORA. Ah! no!
JUAN. Á abrir el testamento...
AURORA. Ah! Sí?
JUAN. Sí; á la notaría.
AURORA. (Sin avisarme!)
JUAN. Allí están
con mi señor para ver...
No tardarán en volver.
Qué noticias nos traerán?

¿quién será aquí el que se engañe?

AURORA. Usted sabe de qué modo
testó el marqués?

JUAN. Yo sé todo
lo que á mi señor atañe;
y me hace sus confesiones
de cuanto le haya pasado...

AURORA. Dígame usted: le ha contado
ayer...

JUAN. ¿Qué?

AURORA. Sus impresiones.

JUAN. ¡Ya lo creo!

AURORA. ¿Y habrá bodas?

JUAN. Qué ha de haber!...

AURORA. ¿No?

JUAN. (Tú verás!)
¿Qué se ha de casar jamás
hombre á quien le gustan todas?
Si con un alma nacida
para derrochar amor
á su padre mi señor
le está quitando la vida!

AURORA. ¿Tiene padre?

JUAN. Que le adora,
y ansía verle dichoso
siendo un dia buen esposo
de alguna buena señora,
que las hay, aunque son raras,
y que nos manda á los dos
por esos mundos de Dios
á ver almas tras las caras,
con encargo de gastar
del uno al otro confin,
á ver si cansado al fin
quiere una vez descansar
y piensa tomar estado...
Y él... nada!

AURORA. No lo comprendo.

JUAN. Ay, hija! yo voy creyendo
que el padre se ha equivocado,
y que en vez de atarle corto
le tiene sin traba alguna

toda su inmensa fortuna
puesta en el banco de Oporto.
Pero la experiencia ruda
lo prueba; nada le basta,
cuanto más le dan, más gasta,
cuanto más ama, más duda;
y este señorito mio,
como otros mil que yo veo,
tras lograr tanto deseo
sólo ha adquirido...

AURORA. El hastío.

JUAN. ¡Eso es!

AURORA. Y harto de aspirar
ya tanto aroma fragante...

JUAN. ¡Claro! Á fuerza de picante
ha perdido el paladar!
Soberbio con su riqueza
del testamento se rie.

AURORA. Tal vez él ya no se fie
ni de su propia fijeza.

JUAN. Tiene este hombre el enemigo;
piensa hoy con formalidad
y es una barbaridad.

AURORA. ¿Cuál?

JUAN. Pues casarse contigo!

AURORA. ¿Qué?

JUAN. Perdona; se me fué!
Eso es lo último que piensa...
y no lo tomes á ofensa,
pero yo se lo quité
de la cabeza.

AURORA. Usted!...

JUAN. Sí.
Si tú tienes ambicion
no te forges la ilusion
de que pueda unirse á tí,
porque eso es un disparate,
y yo á su padre le aviso
y sale del compromiso...

AURORA. ¿Cómo?

JUAN. Liando el petate!
Nada, no hablemos más de esto,

yo me opongo y yo soy franco!
Mira un telegrama en blanco:
(Sacando unos papeles.)
yo siempre llevo repuesto.
No, que este es el sobre aquel
del que hace poco ha llegado
en que su padre le ha dado
letra abierta en un hotel.
Mira, ¿ves los telegramas?
Pues ahora mismo aquí yo...
(Sentándose á escribir.)

AURORA. Dios mio!

JUAN. (Se lo creyó.)
Olvídale si le amas,
porque estás loca de atar
si has llegado á presumir
ni que tú puedas subir
ni que él consienta en bajar.

AURORA. ¿Y á usted quién le mete?...

JUAN. ¿Á mí?
La obligacion en que estoy,
que cual otro padre soy
y debo de obrar así
porque le he visto nacer,
porque estoy á su cuidado...
y porque está rematado!

AURORA. Usted no me ha de imponer
su voluntad.

JUAN. ¡No que no!

AURORA. Veremos.

JUAN. Yo seré el bú.

AURORA. Usté es un criado.

JUAN. Y tú?...

AURORA. ¿Yo?

JUAN. ¡Qué! Lo mismo que yo!

AURORA. (Mi palabra no me obliga
á dejarme lastimar.)

JUAN. ¡Que voy á telegrafiar!

AURORA. Le amo!

ESCENA III.

AURORA, JUAN, el CONDE.

CONDE. Dios te bendiga!
AURORA. (Él!)
CONDE. Aquí vienen tus amas.
JUAN. Señoritooo!...
CONDE. Quieto, quieto!...
No me faltes al respeto!
¡Dime la verdad, ¿me amas? (Á Aurora.)
AURORA. Oh!...
JUAN. Si es terco y es tenaz!
CONDE. Si estamos solos los dos!
(Juan va á interponerse y el Conde le dice con suplicante impaciencia.)
Hombre, por amor de Dios,
¿nos quieres dejar en paz?
JUAN. (Me la paga!) (Váse.)

ESCENA IV.

AURORA, el CONDE.

CONDE. Oye, chiquita,
escúchame, encantadora!
Cómo te llamas?
AURORA. Aurora!
Ay!...
(Al ver que se le ha escapado su verdadero nombre.)
CONDE. Como tu señorita,
la que no he de conocer
tal vez hasta que me vaya?
Pues oye, linda tocaya
de esa imposible mujer...
AURORA. Cómo?
CONDE. Sí, ya me dijeron
las otras esta mañana
que su desdichada hermana,
la que mis ojos no vieron,

está enferma á no dudar;
pero que su mal constante
es ser tonta é ignorante
y sin sustancia y vulgar;
y en fin, por lo que he oido,
pues que pronto he de marcharme,
creo que debo alegrarme
de no haberla conocido.

AURORA. (Oh Dios! Qué vengo á saber!
Qué es lo que acabo de oir!)
(Impaciente va á mirar á la puerta y baja.)

CONDE. Oye, que van á venir;
pero... no llores, mujer!

AURORA. (Ellas!)
(Pensando en lo que el Conde le ha contado.)

CONDE. En el testamento
que hemos abierto ahora mismo,
aunque el sentido es el mismo
del difunto en el intento,
hay una variante, una,
que á mis deseos excede;
por ella soy yo quien puede
decidir de la fortuna;
y como he visto ya claro
en Catalina ambicion
y en Rosa mal corazon,
me vas á hablar sin reparo;
que si tú, pese á mi estrella,
no me quieres de verdad
hago la barbaridad
de decidirme por ella!

AURORA. ¡Por quién!

CONDE. Por la Aurora.

AURORA. Ah!... sí?

CONDE. Por la tonta, por la necia!
Y pues una me desprecia
y otra busca el oro en mí,
yo á riesgo de hacer el bú
las castigo de ese modo:
pero tu amor ante todo,
porque mi amor eres tú!

AURORA. Yo, señor...

CONDE. Sí: quieres ser
franca como ántes?
AURORA. Quizás!
CONDE. Ellas! (Mirando á la puerta.)
AURORA. Oh! Me voy!
CONDE. Te vas?
AURORA. Sí, que no las quiero ver! (Váse.)

ESCENA V.

EL CONDE, JUAN, asomando la cabeza por la puerta.

JUAN. Chist!
CONDE. Qué?
JUAN. Que no!
CONDE. Pero...
JUAN. No!
¿Cómo ha de casarse un Conde
con la criada? Por dónde?
CONDE. Y quién me lo estorba?
JUAN. Yo!
CONDE. Que vienen!
(Juan retira la cabeza y cierra la puerta de golpe.)

ESCENA VI.

EL CONDE, CATALINA, ROSA.

Catalina y Rosa van á sentarse mal humoradas cada una á un lado de la escena.

ROSA. Hénos aquí.
CAT. Ya estamos en casa.
CONDE. Y juntos.
CAT. Y enteradas de la cosa.
ROSA. Y terminado el asunto.
CONDE. Terminado, no! Ahora empieza...
CAT. Usted, y perdone el rudo
modo con que se lo digo,
que tal vez no sea culto,
pero expresa en castellano

más que otro vocablo alguno,
usted es...

CONDE. Venga el vocablo. (Sonriendo.)

ROSA. (La tiemblo!)

CAT. Usted es un cuco!!

CONDE. Señora, por qué?

ROSA. (Es terrible!)

CAT. Ya que violó del difunto
el secreto, anticipándonos
de ese testamento absurdo
la parte más importante,
¿por qué no puso en su punto
las cosas, diciendo claro
lo que nos dijo tan turbio?

CONDE. Porque yo no lo sabía.

CAT. Pues perdone usted; lo dudo.

CONDE. Señora, todo secreto
en cuanto lo viola uno,
cual hebra deshilachada
la van soltando entre muchos,
y todos lo desfiguran
sin contarlo bien ninguno.
El notario que lo hizo
me dijo en globo el asunto
de que en él se me ordenaba
á mi antojo un triple yugo:
yo le dije á usted lo mismo
siendo del otro trasunto,
y al abrir el testamento
resulta y me congratulo...

CAT. Que se ha de casar usted
con la que usté elija!

ROSA. Justo.

CONDE. Y esto á ustedes las molesta...

ROSA. Muchísimo!...

CAT. Pero mucho!

CONDE. ¿Es que temen mi eleccion?

ROSA. Es que vemos con disgusto,
por cierto sobrado tarde,
que usted se ha callado el punto
capital... por estudiarnos!

CONDE. De lo cual me alegro mucho;

es decir, me alegraría
si hubiera sido tan... ducho
en ardides como ustedes,
me juzgan; mas yo no abuso
de nada...

CAT. ¿No?...

CONDE. Ni de nadie.
Y no me retracto un punto
de lo que dije...

CAT. Si es arte
no ha servido.

CONDE. Así lo juzgo.

CAT. Porque ambas menospreciando
el medio millon de duros,
hemos obrado tan francas
como no es en hembras uso.
Usted quedó!...

CONDE. Basta, basta,
que está cerca del insulto
la franqueza, y no quisiera
salir de aquí con disgustos.

CAT. Qué, se va usted?

CONDE. Sí señora.

CAT. Y cuándo?

CONDE. Si un grave asunto
que he de resolver hoy mismo
se logra... hoy es dia uno
y el cuatro estaré ya en Lóndres
envuelto entre niebla y humo.

ROSA. ¿Va usted solo?

CONDE. Con mi esposa!

LAS DOS. ¿Cómo?
(Volviéndose las dos á un tiempo hácia él y levantándose.)

CONDE. ¿Las he dado un susto?
¿Pues no he de ser yo el que elija
de tres corazones uno?
No me falta conocer
el tercero? en este asunto
no hay algo pendiente aún?
¿Ha de ser tan pudibundo
el carácter de esa Aurora

que no pueda diez minutos
arrebujada en su lecho
recibir á un hombre pulcro
que al visitar á una enferma
no ha de pensar en lo absurdo?
Ni el mal, segun confesiones
de ustedes, es tan agudo
que impida hablar á la enferma.
ni hallo tan inoportuno
que pues la puedo elegir
no pueda mirarla el busto.
Nada, nada: ustedes pasan
recado; yo veo, y juzgo,
pues aunque ustedes me digan
que es un ser vulgar y obtuso,
yo sé que en el testamento
con aquel lenguaje rudo.
en que á elegir se me da,
dijo muy claro el difunto:
»yo sé que el Conde es muy listo
y hombre corriente y de mundo,
y elegirá la mas noble,
la más modesta en sus gustos,
la más dulce, la más bella,»
la mejor sin pero alguno,»
y yo en ustedes no he visto
nada de eso; lo aseguro!

LAS DOS. ¡Caballero!

CONDE. Ustedes hablan
muy clarito, y yo secundo
su franqueza: conque al grano:
veamos ese trasunto
del cielo, á ver si yo caigo
y me dejo echar el nudo,
que todo pudiera ser;
y hoy ¡vive Dios! aseguro
que ó salgo de aquí casado
ó no hay bodas en el mundo! (Váse.)

ESCENA VI.

CATALINA, ROSA.

Dan á lo largo de la escena, es decir, del proscenio al foro, un paseo nervioso, cada una en un lado abanicándose y manifestando la mayor impaciencia. Despues Catalina se para y le dice á Rosa muy descompuesta.

CAT. ¡Tú tienes la culpa de esto!
ROSA. ¡Pues sólo esto me faltaba!
CAT. ¡Claro! Á tí quién te mandaba
y bajo ningun pretexto
explicarle si Aurorita
era sosa ó no lo era?
ROSA. Si fuiste tú la primera
que juzgó á la pobrecita!
CAT. ¿Ahora te vas á doler?
ROSA. Esto es pesarme de hablar...
CAT. Manera de murmurar
por si se llega á saber.
ROSA. Yo dije que era muy lista,
pero que era un poco sosa.
CAT. Yo dije que era graciosa,
pero un poquito egoista.
ROSA. Yo dije que aunque elegante,
era al amor su alma ajena.
CAT. Yo dije que era muy buena,
pero un poquito ignorante.
ROSA. Y yo añadí: es desgraciada,
quien la trata la critica.
CAT. Y yo que es muy buena chica,
pero que no vale nada!
Así al hablar dos mujeres
de otra con labios arteros
la van llenando de peros
á manera de alfileres,
como prendiéndola lazos
que bordando sus contornos
la van llenando de adornos
y á la vez de alfilerazos.
ROSA. Ni á la familia al quererla
se respeta.

CAT. Y... qué ha pasado?
Que al oirnos le han entrado
más ganas de conocerla.
ROSA. Y que el testamento al fin...
CAT. Yo veo que el testamento
prueba bastante talento
en el caduco magin.
ROSA. ¡Ay! á parientes y amigos
trueca el oro en lobos fieros:
todo el que deja herederos
no deja más que enemigos!
CAT. ¿Qué es Aurora? Es nuestra hermana?
ROSA. Hermana de padre.
CAT. Pues!
Pero al fin y al cabo es
una ingerencia liviana.
Y si á más se ha de llevar
la legítima fortuna
que es nuestra...
ROSA. Sin duda alguna.
CAT. Dónde vamos á parar?
ROSA. Yo no lo siento por mí,
que casarme no pretendo;
yo quería ir atrayendo
al forastero hasta tí,
por si lanzada á luchar
tienes á más de la lucha
gana de casarte.
CAT. Ay! mucha!
no lo puedo remediar!
ROSA. Y luego, tú eres activa...
CAT. Sé vivir, tengo mi táctica.
ROSA. Eres lista.
CAT. No: soy... práctica
y el dinero es lo que priva.
Y yo os cuidara mejor
que Aurora: ¿quién puede ahora
evitar esto?
AURORA. (Saliendo.) Yo!
ROSA. Aurora!
CAT. Nos has oido?
AURORA. Sí.

CAT. (Horror!)
AURORA. ¿Pensais que yo no sabía
que mi condicion aquí
era tan triste ¡ay de mí!
cómo la tristeza mia?
CAT. ¡Pobrecilla!
ROSA. Bien decías.
AURORA. ¡Si siempre os he de querer!
CAT. Que hasta en la sangre ha de haber
grados y categorías!...
AURORA. No temais; yo tengo el modo
de resolver este asunto;
yo lo he de arreglar al punto
y voy á acudir á todo.
ROSA. Oh, sí es buena!
CAT. Sí lo es.
ROSA. ¿Y despues?
AURORA. Despues... verás...
tú por mí conseguirás
que á tí te adore despues.
CAT. ¿Y cómo?
AURORA. Yo tengo el modo.
CAT. Pero...
AURORA. Mi deber me llama,
que tengo aquí un telegrama
para él: yo corro con todo.
¡Id!
ROSA. Pienso que resplandeces
como la verdad augusta.
CAT. Yo soy franca; si te gusta...
triunfa, que te lo mereces!
(Vánse Catalina y Rosa.)

ESCENA VII.

AURORA.

Oh, no! que claro os he oido,
y ántes de que odio os infunda
yo arrojaré la profunda
pasion que loca he sentido;
pero si mi fementido

labio le exagera aquí,
cual sin tino prometí
defectos de mi señora...
él va á detestar á Aurora...
pero va á quererme á mí.
Dadme habilidad, Señor!...

ESCENA VIII.

AURORA, el CONDE, detrás JUAN.

AURORA. Señor Conde!...
CONDE. Qué se ofrece?
Ah! eres tú... vuelve otra vez
tu presencia á darme alientos?
No me tires del chaquet!! (Á Juan.)
ya sé lo que á mí me debo!
AURORA. Ante todo vea usted
ese parte que han traido:
ya el recibo yo firmé.
CONDE. Venga.
(Lo abre, lee rápidamente y exclama cayendo sobre una silla.)
¡Jesús!!!
AURORA. Qué sucede?
CONDE. Jesús, María y José!
Yo debo estar trastornado...
«Ha quebrado antes de ayer
el Banco de Oporto y toda
su fortuna estaba en él.»
Socorro!
AURORA. Señor!
CONDE. Socorro!
Juan!—No es posible!...
JUAN. Otra vez?

ESCENA IX.

EL CONDE, JUAN, AURORA, CATALINA, ROSA.

CAT. Qué es esto?
ROSA. Qué pasa ahora!

CONDE. Un telegrama.
JUAN. De quién!
CONDE. Sea de quien sea!... Dice...
¡Agua!!
TODOS. Pero...
CONDE. Dice...
JUAN. Qué!!
CONDE. Que quebró el Banco de Oporto,
que mi fortuna está en él,
y que estoy en la miseria
para acabar de una vez!
JUAN. ¡Jesús!
CAT. ¡Ah!
JUAN. ¡Mas quién lo avisa?
CONDE. Arruinados!
JUAN. Eso es.
CONDE. ¡Qué desgracia tan horrible!
ROSA. ¡Horrible desgracia es!
(El Conde queda á un lado sentado al velador y el rostro cubierto con el pañuelo. Juan en segundo término abrumado. Aurora pasa al lado de sus hermanas, y les dice en voz baja:)
AURORA. Ahora... lo que yo haría,
—pero lo que yo no haré
porque competir no quiero
con vosotras...
ROSA. Habla.
CAT. ¿Qué?
AURORA. Decirle: siendo mi esposo
lo que eras vuelves á ser.
CAT. Oh, no! no le obliga amor
y le obliga el interés?
ROSA. ¿Le dirías tú?...
AURORA. Yo, sí;
como yo siempre le amé
sin pensar en la fortuna
que yo no buscaba en él,
como yo le quiero pobre
y hoy le quiero más que ayer...
CAT. Oh! pues descúbrete ya
y logra tú...
AURORA. Nunca!

ROSA. Qué?
CAT. Yo cedo.
AURORA. Ay, hermana, hay cosas
que no se pueden ceder.
ROSA. Verdad.
CAT. Chist!
(Viendo que el Conde levanta la cabeza.)
CONDE. Señoras mias...
ROSA. (Qué irá á decir?)
CAT. Calla!
AURORA. Ved...
CAT. Ántes que ser tu rival,
yo aquí le rechazaré! (Ap. á Aurora.)
ROSA. Y yo ante tí,—te lo juro—
lo he de plantar, que no sé
cómo ántes no ví tu hermoso
corazon!
AURORA. Pues si así es,
sólo me resta enterarme
de una vez ya cómo es!
CONDE. Señoras, fuera tontuna
que yo quisiera elegir
esposa en quien resarcir
pérdidas de la fortuna.
Y ya ven mi situacion.
JUAN. Justo castigo y fatal
al que derrochó el caudal,
la vida y el corazon!
CONDE. Pero, hombre...
JUAN. No tengo aguante;
de rabia estallando estoy
y soy franco y soy quien soy
y la verdad por delante!
Ya se acabó el derrochar
y el incesante pedir,
y el jugar y el consumir,
y el darse tono y tirar!
Ya no habrá aquello de «fuí
rey del mundo por dinero,
tantas veo, tantas quiero,
todo el mundo es para mí...
Ya no se podrá viajar,

ni en primerra... ni en tercera...
irá usted... en la perrera,
y acabará por ladrar!
Ya acabaron las bravatas,
—yo soy rico, no me atranco...—
y pende todo de un banco
que se le rompen las patas!

CONDE. Me vas á hacer padecer!

JUAN. Bú!!...

CONDE. Me vas á dejar tú!...

JUAN. Qué fin tan grotesco! Bú!...
Yo sé lo que debo hacer! (Váse.)

ESCENA X.

EL CONDE, AURORA, CATALINA, ROSA.

ROSA. Pobre!

CONDE Al resumir mi historia
veo en este mismo instante
que la fortuna inconstante
da una dicha transitoria.
Y yo que arrojé en el lodo
mi alma ya muerta y hastiada,
ahora que no tengo nada
es cuando lo quiero todo! (Á Rosa.)
Y á usted que en su vivo genio
me tentó á hacerla un reproche...

ROSA. Oh, yo? en teniendo mi coche
y mi palquito proscenio,
mi cuenta en casa de Augusto
y un cocinero italiano,
yo le doy á usted mi mano...

CONDE. ¿Eh?

ROSA. Con muchísimo gusto.

CONDE. No se la he de demandar
mas con la herencia.

CAT. (Ah tunante!)

ROSA. Si yo no tengo bastante
con eso para empezar!
Que mi beldad no caduque
y el hombre ciego me acuda,

y he de ser, si Dios me ayuda,
la esposa de un archiduque!
Que yo, al rendir corazones,
voy buscando el que más pese!
Es muy corto el pico ese
para mis aspiraciones!

CONDE. Qué manera de caer!
(Á Catalina: esta se le acerca y le dice cómicamente.)

CAT. Nos podemos arreglar.
Si usted sabe trabajar
y ganar para comer,
puede sacar adelante
nuestros gastos ordinarios:
con veinte duros diarios
tenemos aquí bastante.

CONDE. ¿Pues y la herencia?

CAT. En seguida
á los pobres la daré.

CONDE. La caridad!

CAT. Lo que usté
no ha ejercitado en su vida.
(Ya por mí en camino estás (Ap. á Aurora.)
de casar y de subir.)

ROSA. Yo te he querido servir.
Adios!

CAT. Satisfecha estás.)

AURORA. Oh! pues oid, escuchadme;
dejadme amar sin doblez,
es por la primera vez,
y si yerro, perdonadme! (Vánse las dos.)

ESCENA XI.

EL CONDE, AURORA.

El Conde se vuelve hácia Aurora que se habrá quedado en el fondo, y le dice cruzado de brazos:

CONDE. Ya ves lo que me sucede;
todo el mundo me abandona,
tú eres la única persona

á quien dirigirse puede
mi tristeza en el desden
de la inconstante fortuna;
tú, que sin duda ninguna
cual mis ojos claro ven,
eres aquí la bondad,
la nobleza, el sentimiento,
y aun el agradecimiento,
y todo en tanta humildad!
Si yo descender pudiese
de mi miserable alteza,
si mi sangre y mi nobleza
con tu poquedad se uniese,
si idénticas condiciones
hoy tuviéramos los dos,
niña, te juro por Dios
que lee en los corazones,
que yo, burlon de mujeres,
me postrara aquí á tus piés.

AURORA. Si no fuera usted quien es...

CONDE. Si no fueras tú quien eres!

AURORA. Luego usted en terco ultraje,
de amor que todo lo iguala,
aún en la ruina hace gala
de su esplendente linaje?

CONDE. Pues si tambien á olvidar
voy lo que al nacer se hereda,
entónces dí, qué me queda
de que poderme ufanar?
Pobre, más noble seré.

AURORA. ¿Y el porvenir?

CONDE. Me da miedo.

AURORA. Descienda usted.

CONDE. Ay! no puedo!

AURORA. Trabaje usted.

CONDE. Ay! no sé!!
Y á fe que lo siento tanto
como el verme pobre: oh! sí!
que yo he encontrado en tí
cierto misterioso encanto...
Y en tu incomprensible ser
y en tu condicion vulgar

tú me has enseñado á amar,
por tí comencé á querer,
y por tí con amor loco
secara mi acerbo llanto!

AURORA. Ay! Si usted no fuera tanto!

CONDE. Si tú no fueras tan poco!

AURORA. Aunque tan pobre me ve
tal vez corazon me sobre;
ahora que es usted tan pobre,
es cuando yo le amo á usté,
sin reserva, sin temor
de parecer ambiciosa,
con un cariño... de esposa,
que dicen que es el mejor.
Que en el más mísero estado
con el amor generoso
se puede ser más dichoso
que en el alcázar dorado
y se ven lucir quizás
dias claros y serenos!
Ay! pues si usted fuera ménos!

CONDE. Ay! pues si tú fueras más!
Yo sé que en tí, pues el alma
te estoy viendo en esos ojos,
de la suerte los abrojos
trocáras en áurea palma.
Presiento dichas soñadas
como el mar tras de las brisas
en tus amantes sonrisas
y en tus tranquilas miradas.
Veo en tí tanto candor,
tanto aroma, tanta esencia,
tanta inocente experiencia,
tanto secreto de amor,
que tu corazon me atrae,
no como el abismo abierto,
sino cual la luz del puerto
cuando la del sol se cae.
Mas tengo contra mi fe
un padre que me violenta,
un mundo que me amedrenta
y una sangre que heredé

que con sus voces me gritan
y mi condicion reflejan,
y de la dicha me alejan
y la voluntad me quitan.
Y en tan horrible luchar
pienso que voy á morir.
Ay, si pudieras subir!

AURORA. Ay! si pudieras bajar!

CONDE. ¿Me tuteas?

AURORA. Perdon!

CONDE. No!
Háblame, por Dios, así:
si ha sido soberbia en mí
tutearte siempre yo!

AURORA. Yo sólo sé hablar así
de íntimo deseo en pos,
en mis fervores á Dios
y en mis amores á tí.

CONDE. Brilla en tí santa aureola.

AURORA. Sientes que es mi amor profundo?

CONDE. Sí.

AURORA. Pues qué te importa el mundo!...
si tu mundo soy yo sola!

CONDE. Oh! sí!

AURORA. Sientes el eco fiel
con que lucha tu alma absorta?

CONDE. Sí!

AURORA. Pues tu padre qué importa
si yo te quiero más que él?
Sientes, dí, bullir bravía
tu sangre al oirme?

CONDE. Oh! sí!

AURORA. Pues si ella estalla por mí
no la contengas, que es mia!

CONDE. Alma que en mí el amor creas,
yo he de amarte si me quieres...

AURORA. Yo á tí fueres como fueres.

CONDE. Y yo á tí seas quien seas.

AURORA. Sí? Pues fuera cortedad,
si he triunfado, lo merezco!
Yo... no soy lo que parezco.

CONDE. Qué me dices?

AURORA. La verdad.
Que yo á mi nombre traidora
he entrado en la torpe red
por saber algo de usted.
porque soy, en fin, Aurora,
que con mentiras villanas
le he amado á usté á traicion
por cumplir la obligacion
de ayudar á mis hermanas.
CONDE. Me has matado!!
AURORA. De alegría?
CONDE. No! de pesar, de dolor!
AURORA. Pero qué es esto, señor!
CONDE. Desdichada suerte mia!
Hay para volverse loco!...
no acaban mis penas hoy...
AURORA. ¿Pero qué?
CONDE. Que yo no soy
lo que parezco tampoco!!
Que con intencion igual
á la que en vosotras veo,
he servido yo el deseo
de otro que os juzgaba mal,
y te juro por mi madre
que hice esta odiosa ficcion
por forzosa obligacion
de obedecer á mi padre!
AURORA. Luego tú... ¡yo estoy absorta!
¿No eres conde?
CONDE. No!
AURORA. Y te llamas?...
CONDE. Juan Salar.
AURORA. ¿Pero me amas?
CONDE. Sí!
AURORA. Pues lo demas... qué importa?
CONDE. Oh corazon sin igual!
ROSA. Conque usted nos engañaba?
CAT. Conque nos falsificaba
nobleza de Portugal?
ROSA. Y nos hizo descubrir
nuestro corazon sencillo!
CONDE. Sencillo?

CAT. Jesús, qué pillo!
Quién lo había de decir!
ROSA. Salga usted de aquí!
CAT. Eso no!...
que álguien detrás de él se escond.
Si este señor no es el Conde,
¿quién es el Conde?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, JUAN, de frac.

JUAN. Soy yo.
CONDE. Mi papá!
CAT. Es extraordinario!
JUAN. El marqués, mi pobre amigo,
era,—y con pena lo digo—
hombre tan estrafalario,
que de servicios deudor
que al morir quiso pagar,
me quiso á mi edad lanzar
en aventuras de amor.
Si yo aquí pidiendo bodas
vengo con estos ochenta,
quién reniega de mi renta?
ROSA. Todas.
CAT. Todas.
AURORA. Todas.
CONDE. Todas!...
JUAN. Pues este hijo cual ninguno
que es, para lo que usted mande,
la calamidad más grande
que ha tenido padre alguno,
me estaba desesperando
el mundo entero corriendo,
derrochando, envejeciendo
y su corazon matando.
Y yo dije, primer paso:
que este diga que soy yo
y hable por mí, y así no
me expongo á un triste fracaso.
Y al punto que yo me entere

de cómo esas niñas son,
haré mi resolucion
y salga lo que saliere.
Y si en esta probatura
mi hijo con rara fijeza
sentara al fin la cabeza,
que nunca ha estado segura,
¿por qué no se ha de casar
con la que mejor le cuadre
y darle gusto á su padre
y al difunto contestar?...

TODOS. ¿Eh?

UAN. ¿Qué dice el testamento?
¿que ha de casar con el conde?
pues mi habilidad responde
á esta objecion al momento.
Si yo mañana le doy
mi título...

ROSA. Vamos!...

CAT. Ya!...

JUAN. Conde de Barta será
ó yo no he de ser quien soy.
Y pues hoy pobre se mira
y Aurora le ama y le peta
y no tiene una peseta...

AURORA. Qué! Si todo eso es mentira!

CONDE. Cómo?

JUAN. Habla, voto á Saul!

AURORA. Yo escribí aquello del Banco
en el telegrama en blanco
con este lapiz azul,
y en aquel sobre ya usado
con cuidado lo he metido.

JUAN. ¡Vaya un susto!

CONDE. ¡Bueno ha sido!!

AURORA. Pero ha sido aprovechado,
que su pobreza al mirar,
ha aprendido...

CONDE. Oh! sí; á querer.

CAT. (Si yo lo llego á saber,
qué lo había de soltar!!)

JUAN. Ha sido buena leccion

á padres ricos y amantes
que dan la riqueza ántes...

AURORA. Justo, que la educacion.

CONDE. Y hallar bondad y dinero
y amor todo en una pieza!

CAT. Te llevaste la riqueza.

AURORA. Oh! no por Dios, no la quiero. (Al Conde.)
Rosa hallará novio alguno
tal vez de muy altas prendas:
tú... por Dios que no te ofendas...

CAT. Sí; yo no hallaré ninguno.

AURORA. Sirva Rosa á su ambicion
y Catalina á su afan,
que á mí ya me bastarán
tu renta y tu corazon.

ROSA. Yo al hombre que es mi enemigo
venceré haciendo su ruina...

CAT. Y yo...

JUAN. Doña Catalina;
quiere usté casar conmigo?

CAT. Con usted!... Vaya una idea!

JUAN. Pues déjelo usted.

CAT. Lo dejo:
(Qué habrá pensado este viejo?)

JUAN. (Pues qué buscará esta fea!)

CONDE. Dentro de un mes, nuestras bodas.
¿No harás á tu union apodos?

JUAN. Eso es lo que dicen todos
los que se prendan de todas!

CONDE. Esa es la eterna tontuna
del que no tiene fijeza:
el amor verdad no empieza
mas que cuando se ama á una:
y hoy el alma se dilata
viendo, mi bien, que me quieres
y que eres...

TODOS. ¡Cómo?...

CONDE. Pues eres...
¡BUENA, BONITA Y BARATA!

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería EL TEATRO, de los *Sres. Hijos de A. Gullon*.

15 Ptas.